Aki Shimazaki

EL VIEJO ESCRITORIO

Niré

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

La lluvia...

Al llegar a la residencia...

El cielo se despeja...

Conocí a Ayako...

Llego a casa...

El día siguiente...

El tiempo...

Mi amigo S...

—Despierta, Nobuki...

Ha transcurrido una semana...

Estamos a principios de junio....

Después de la pausa...

Una noche...

Al día siguiente...

Esta noche...

La estación de las lluvias...

En Matsue...

Entramos en la cafetería...

Sigue lloviendo...

Toco la guitarra...

Son las cinco menos diez...

Ya estamos...

Mi amigo S. me llama...

Llegado a este punto...

Son las diez...

Al día siguiente...

Estamos a principios de enero,...

Es sábado...

Salgo del parque...

Llego al hospital...

Glosario

Notas

Créditos

El viejo escritorio

Niré

Aki Shimazaki

Traducción de Patricia Orts

TUSQUETS EDITORES

La lluvia, que lleva cayendo desde primera hora de la mañana, ha cesado por fin.

Es sábado por la tarde. He ido a la ciudad a comprar unas latas de pintura para mis dos hijas. Si hace buen tiempo, mañana pintarán sus escritorios.

Miro el reloj al salir de la ferretería. Son las cinco y veinte. Podría pasarme por la residencia a ver a mis padres. Suelen cenar a eso de las seis y media. Me da tiempo a estar un rato con ellos. Mi madre padece alzhéimer. Desde hace unos años ya no me reconoce, me considera un simple conocido. Nos saludamos con palabras corteses, casi siempre las mismas. Espero encontrarla de buen humor.

Sopla un viento del oeste. El sol asoma entre las nubes. Una luz típica de mayo. De camino al coche, llamo a casa.

—¡Date prisa, papá! Te estamos esperando —dice Miyoko, que atiende la llamada.

—¿Qué ocurre?

—¡Mamá ha comprado tarta de arándanos! Va a darnos una buena noticia durante la cena.

¿Una buena noticia? Me intriga. Mi mujer enseña piano. Tres de sus alumnos participaban hoy en un concurso regional. ¿Habrán ganado algún premio? ¿O habrá recibido mi mujer una oferta interesante relacionada con su carrera? Prometo a Miyoko que, después de una breve visita a sus abuelos, volveré a casa volando.

Pongo la radio mientras conduzco. Están entrevistando a un célebre violonchelista. Subo el volumen.

Cuando tenía cinco años, me fascinaba el sonido de ese instrumento tan grande. Mis padres no son músicos. Les supliqué que me compraran uno y que me diera

clases un profesor. No sabían qué pensar. Insistí. Mi madre comprendió que hablaba en serio y buscó la manera de convencer a mi padre. Al final, él aceptó con la condición de que perseverara al menos un año. ¡Menuda alegría me dieron! Aunque luego, cuando recibí el instrumento, me llevé una gran decepción, porque me pareció minúsculo. Deseaba crecer lo antes posible...

Sonrío al imaginar a un niño de cinco años de pie junto a un violonchelo para adultos. La entrevista termina. A continuación, comienza una de las suites para violonchelo de Bach. Pienso en la época en que empecé a tocar la guitarra. Tenía trece años. Nunca he olvidado la emoción que experimenté al escuchar por primera vez el *Concierto de Aranjuez* de Joaquín Rodrigo ni el momento en que mi padre me autorizó a tomar clases. No he dejado de practicar desde entonces. Mi mujer me chincha: «Pase lo que pase, tu amante sigue siendo la guitarra».

Mi madre adoraba la música clásica. Fue ella la que me regaló el cedé de Rodrigo y la que me enseñó los nombres de los compositores, de los intérpretes, de los grandes directores de orquesta internacionales. Solía mencionar a Rei Miwa, un maestro japonés.

El año pasado, una orquesta de aficionados me pidió que tocara el concierto de Joaquín Rodrigo. Mi profesor de guitarra me había recomendado. Acepté sin pensármelo dos veces. Lo que más me entusiasmó fue que la orquesta tenía previsto invitar a Rei Miwa para que nos asesorara. ¡Menuda audacia! Pero lo cierto es que al final vino e incluso me felicitó. Fue una experiencia inolvidable. Mis padres asistieron al ensayo. Por desgracia, ver al célebre músico no le causó la menor impresión a mi madre.

Hace siete años que el médico le diagnosticó la enfermedad de Alzheimer. Desde entonces, mis padres viven en una residencia. Mi madre ya solo reconoce a mi padre. Trata a mi hermana Anzu como si fuera una amiga. Tampoco se acuerda de su hija mayor, Kyoko,

que murió hace seis años. Cree que no tiene hijos. Cada vez que me ve, me dice esbozando una leve sonrisa: «Buenos días, señor. ¿Cómo está usted?».

Al llegar a la residencia, firmo en el registro de visitas e intercambio unas palabras amables con la recepcionista. Luego entro en el ascensor para subir al tercer piso, donde viven mis padres. Llamo a la puerta de la habitación y me abre él.

—¡Nobuki!

Me invita encantado a pasar. Está acostumbrado a mis visitas inesperadas. Le explico que he ido a comprar unas cosas a una ferretería del barrio.

—¿Está mamá?

—No, tu hermana se la ha llevado al parque público. Volverán dentro de media hora.

Tengo sed, así que le pido un poco de agua. Sentado en el sofá, observo el espacio que comparten, siempre limpio y ordenado. Delante de mí, sobre la mesita baja, hay una revista política, otra de economía y el periódico del día. Mi padre era ingeniero mecánico de automóviles. La lectura es su único pasatiempo.

Me trae un vaso con hielo y se sienta frente a mí.

—¿Qué tal, *segare*?[1]

¿Segare? Es la primera vez que me llama así.

—Nada de particular. Por casa todo va bien. ¿Cómo está mamá? —le pregunto a mi vez.

—Ya no puede caminar sola.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres días, poco después de tu última visita. Ahora tiene que desplazarse en silla de ruedas.

Me sorprende. Hace tan solo tres meses que empezó a usar el bastón. No imaginaba que se debilitaría tan deprisa.

—¿Puedo hacer algo?

—Nada —contesta mi padre—. El personal de la residencia se ocupa de todo.

—¿Sigue teniendo apetito?

—Ya no mucho. Además, duerme peor. A veces se despierta por la noche y habla sola.

—Vaya... —murmuro.

—Bueno, así al menos no tengo que preocuparme por si se escapa.

Pronuncia la palabra «escapa» con una sonrisa burlona. No sé qué decir. Nos quedamos callados un momento. Me siento un poco incómodo: mi casa está siempre animada por voces femeninas.

—En cualquier caso, tu madre parece bastante serena. Tararea a menudo la canción *Semi.*

Compuso esa canción cuando era joven, y es su única obra. Mis hijas se saben la letra de memoria. Intento tararearla mentalmente. «*Semi, semi, semi,* ¿dónde te ocultas? Después de tantos años bajo tierra...» He olvidado el resto.

Mi padre tiene ganas de fumar, así que salimos al balcón.

Le gusta que le hable de mi trabajo. Soy ingeniero civil en una empresa de construcción. Le explico que acabamos de llegar a un acuerdo con un subcontratista de Matsue, una ciudad vecina, para nuestro nuevo proyecto de construcción de un gran puente. Me hace preguntas interesantes. Mientras conversamos, contemplo el monte Daisen, que ha perdido ya sus nieves.

—¿Qué edad tienen ahora tus hijas? —me pregunta—. Sé que nacieron con un año de diferencia.

—Miyoko tiene diez años y Namiko, nueve.

—¿Ya? ¡Cómo vuela el tiempo! ¿Y nuestra nuera?

—Ayako tiene treinta y tres, cuatro menos que yo.

—Sois jóvenes. ¿Queréis tener más hijos?

—Creo que no. Ayako está muy ocupada con las clases de piano. Le apasiona su trabajo.

—No se parece en nada a tu madre, que se contentaba con ser ama de casa.

—Cada uno cumple su papel —respondo con franqueza—. Ayako la admira por haber tenido la valentía de cuidar de sus suegros hasta que murieron. Y opina que mamá habría sido una enfermera excelente.

—Es cierto... —murmura mi padre—. Nunca lo había considerado desde ese punto de vista.

—Ayako también admira tu paciencia —añado—. Confía en que, en caso de que ella enferme, me comporte igual que tú.

Mi padre parece algo incómodo. Seguimos hablando de mi madre. Le cuento lo que ella me repetía cuando aún no había perdido la lucidez. «Nobuki, tu padre y tus abuelos paternos se alegraron mucho cuando naciste, mucho más que cuando di a luz a tus hermanas.»

Me escucha en silencio.

—Quería tener al menos un niño —me explica—. Es normal. Piensa en la familia imperial. Para ellos es primordial tener herederos varones.

Mi padre le da mucha importancia a perpetuar nuestro apellido. Debe de entristecerle la idea de que quizá mis hijas adopten un día el de sus maridos.

—Por suerte, ya no vivimos en esa sociedad tradicional —bromeo.

Me lanza una mirada de desaprobación. Echo un vistazo al reloj. Ya son las seis y veinte.

—Tengo que irme.

—Es una pena que tu madre no esté aquí.

Entramos de nuevo.

—Ayako quiere organizar una velada musical para el cumpleaños de mamá —le anuncio—. Hemos pensado en celebrarlo un sábado de junio.

—Es un bonito detalle por su parte. Iremos con mucho gusto.

Me acompaña hasta la puerta. De repente, parece recordar algo, va a su escritorio y rebusca en un cajón. Vuelve con un sobre viejo.

—Lo encontré el otro día en una caja.

El sobre está abierto. Miro el contenido con curiosidad. Se trata de un papel amarillento, doblado en cuatro. Lo despliego.

—¡Pero si es una redacción que escribí cuando empecé primaria! —exclamo mientras leo con nostalgia el título: «Mi nombre».

—¿Te acuerdas?

—¡Claro que sí! Gané un premio y tú te sentiste muy orgulloso.

Asiente con la cabeza con aire complacido.

Bajo a recepción y, al salir del ascensor, veo a Anzu empujando la silla de ruedas de nuestra madre. Me acerco y saludo primero a mamá.

—Buenas noches, Fujiko-*san*. ¿Cómo está?

Ella me mira esbozando una sonrisa.

—Muy bien, gracias, señor. —Su tono sosegado me tranquiliza. Luego me pregunta con aire serio—: ¿Nos conocemos?

Sorprendido, me vuelvo hacia mi hermana, que abre unos ojos como platos.

—Sí, señora. Me llamo Nobuki Niré —contesto.

Mi madre me escruta la cara unos instantes y acto seguido niega con la cabeza.

—No, no le conozco.

El cielo se despeja y se tiñe de rojo. Vuelvo a casa.

El tráfico en mi sentido parece fluido. Escucho el cedé de *Recuerdos de la Alhambra,* una pieza de guitarra clásica que llevo un mes ensayando. La triste melodía se superpone a la cara de mi madre. «¿Nos conocemos?» No dejo de darle vueltas a esa pregunta.

Los síntomas del alzhéimer comenzaron cuando ella cumplió los sesenta y cinco años y empezó a cobrar la pensión. Antes de casarse, había trabajado diez años en una biblioteca de la ciudad donde vivimos. Después se dedicó en cuerpo y alma a su familia, salvo los breves periodos en los que hizo alguna sustitución a tiempo parcial en la biblioteca. Mis padres tienen la misma edad, y en esa época él ya se había jubilado. Yo tenía veinticinco años y acababa de conocer a Ayako.

Un viernes, mi madre me llamó por teléfono.

—Nobuki, ¿estás libre mañana por la tarde?

Los sábados, mi novia daba clases de piano hasta las cinco, así que tenía pensado practicar con la guitarra en mi piso.

—No, la verdad es que no. ¿Por qué? —le respondí.

—Han abierto una tienda de música en el centro comercial K. Me gustaría comprar unos cedés. ¿Me puedes aconsejar?

Yo ya había estado allí y me gustaba mucho. Además, mi madre también tenía muchas ganas de llevarme a su cafetería favorita, donde servían unos pasteles exquisitos. Como ella no conducía, acepté acompañarla en coche.

Primero la ayudé a elegir unos cedés de Chopin y de Mozart y luego le expliqué cómo podía escucharlos en la tienda antes de

comprarlos. Después, fui a la sección de partituras para guitarra. Al poco, eché un vistazo al lugar donde la había dejado. Ya no estaba allí. Supuse que había ido al servicio. La esperé unos minutos, pero no apareció. Me di una vuelta por la tienda, sin resultado, y por fin pregunté en la caja.

—La señora ha pagado sus compras y se ha ido —me respondió amablemente una dependienta.

Me sorprendió. ¿Se había ido de la tienda sin avisarme? Pagué las partituras y salí. Debía de estar en su cafetería habitual, pero yo no sabía cuál era. El centro comercial es enorme y tiene muchos establecimientos de restauración. La busqué por todas partes y, al cabo de veinte minutos, la encontré, por fin, sentada sola a una mesa, detrás de un cristal. Estaba comiendo un trozo de pastel. Entré.

—¡Mamá! —la llamé irritado.

—Ah, Nobuki. ¡Qué casualidad! —exclamó como si tal cosa—. Siéntate, te voy a pedir un pedazo de pastel. Está muy rico.

Me quedé perplejo al oír sus palabras. ¿Se estaba burlando de mí?

—No debes desaparecer así —la regañé.

Se le ensombreció el semblante. Parecía confusa. En ese momento yo no sabía que se trataba de los primeros síntomas del alzhéimer.

—Mientras escuchaba *Las bodas de Fígaro,* me entraron ganas de venir a la cafetería.

—¿Y te olvidaste de que estabas conmigo?

—Ha sido un despiste, Nobuki —afirmó ella con aire grave. —La creí, pero aun así me suplicó—: No se lo digas a nadie, por favor; sobre todo no se lo cuentes a tu padre.

Cinco años después de ese incidente mis padres se mudaron a la residencia. El nuevo entorno hizo feliz a mi madre. Aún estaba bastante lúcida, disfrutaba participando en las actividades culturales

con los demás residentes. Al año siguiente, Kyoko murió de cáncer. A partir de ese instante, la salud de mi madre empezó a deteriorarse rápidamente.

Tres años después de esa tragedia, un día en que fui a verla, mi madre me saludó con estas palabras:

—Buenos días, señor. ¿Cómo está?

¿Señor? Me quedé estupefacto.

—Mamá, soy Nobuki, tu hijo —la corregí sin pensar.

—Yo solo tengo dos hijas. Se llaman Kyoko y Anzu —replicó.

Pensé que se trataba de una confusión temporal, pero al cabo de una semana vi que llamaba Nobuki a uno de los enfermeros jóvenes. El empleado la escuchaba sin corregirla, y yo me sentí fatal, aun a sabiendas de que él no pretendía engañarla. Cuando mi madre me vio, me sonrió con amabilidad.

—Buenos días, señor. ¿Cómo está?

Eso me perturbó aún más. Su estado quedó estancado en ese punto. Tardé un poco en adaptarme a la nueva realidad.

¡Ahora me considera un desconocido!

El sol se está poniendo. *Recuerdos de la Alhambra* se ha terminado.

—¿Nos conocemos...? —le pregunto en un susurro.

Puede que mi madre tenga razón. Al fin y al cabo, no sé gran cosa de ella.

Conocí a Ayako en un acto benéfico organizado por la orquesta de cámara de mi antigua universidad. Después del concierto, sirvieron bebidas y canapés. Mientras charlaba con un músico, una joven llamó mi atención. Era Ayako. Entablé conversación con ella. Una escuela privada de música acababa de contratarla. Simpatizamos y quedamos en vernos el fin de semana siguiente.

En el curso de nuestra primera cita visitamos el estudio donde ella enseñaba y tocamos la *Sonata para arpeggione* de Schubert, transcrita para piano y guitarra. Sentíamos una atracción mutua, y entonces descubrimos que los dos amábamos profundamente la música. Esa noche fuimos a cenar a un restaurante. Como no quería correr el riesgo de perderla, enseguida le pregunté si quería ser mi novia. Ella aceptó sin pensárselo dos veces.

Tres meses más tarde decidimos casarnos. Ayako me presentó a su familia: a sus padres, sus dos hermanos y sus abuelos, que estaban ingresados en una residencia de ancianos. Todos vivían en Tottori, la capital de nuestra prefectura. Me recibieron con los brazos abiertos. Les contamos nuestros planes: alquilar primero un piso y luego comprar una casa para que Ayako pudiera dar clases allí. Mis futuros suegros nos animaron: «Haced lo que os parezca. Lo único que os deseamos es que viváis en armonía». Son una pareja muy unida. Me enteré de que se habían casado mediante *miai,* como la mayoría de las personas de su generación.

El problema eran mis padres. Ya les había hablado de nuestra relación. Soy su único hijo y por ese motivo confiaban en que iríamos a vivir con ellos, igual que habían hecho ellos con mis

abuelos paternos. Esa expectativa me pesaba, de manera que pedí a Ayako un poco de paciencia.

Un día, mi madre vino a mi casa a traerme comida que había preparado para mí. Aproveché la ocasión para decirle que me había prometido con Ayako. Contra todo pronóstico, ella empezó a contarme las dificultades que atravesaba su propio matrimonio.

—Tu padre y yo no nos llevamos bien. No tenemos nada en común. No sé cómo podremos seguir viviendo juntos.

Me quedé atónito. Hacía tres meses que mi padre se había jubilado. Había trabajado duro para sacar adelante a la familia. No tenía ningún vicio. Que yo supiera, tampoco había cometido adulterio. Jamás había oído a mi madre quejarse de él. ¿Por qué lo hacía justo en ese momento, después de más de treinta y cinco años de matrimonio?

—Quiero vivir sola, en otro lugar —añadió.

Sus palabras me perturbaron mucho. Supuse que el hecho de que mi padre pasara más tiempo en casa había desequilibrado de repente su vida y se sentía un poco perdida. Pensé en «el incidente», en cómo me había pedido que no se lo contara a él.

—Deberíais encontrar la manera de divertiros juntos, mamá. Viajando, por ejemplo.

Ella no reaccionó. Callé.

—Si vivieras con nosotros, la situación mejoraría —me dijo—. Cuidaríamos de nuestros nietos y la casa estaría tan animada como antes.

Me sentí amenazado.

—No, Ayako y yo no vamos a vivir con vosotros —afirmé.

Me miró con expresión desesperada. Después, se enfadó.

—¡Eres el único hijo que tenemos! ¡Debes pensar en nosotros y en nuestra vejez!

No podía dar crédito a lo que decía. Sus palabras carecían de sentido. Comenzó a enumerar los esfuerzos y sacrificios que había hecho por nuestra familia.

—¡Todos mis hijos son unos egoístas y unos ingratos! —gritó—. ¡Sobre todo tú, Nobuki!

Era la primera vez que la veía así, vociferando, incontrolable. No paraba. No me quedaba más remedio que esperar a que se calmase. Al final, me prometió que informaría a mi padre de nuestros planes.

Dos semanas después, presenté por fin a mi prometida a la familia. A mis padres les gustó mucho su futura nuera, les pareció inteligente y afable. Estábamos a mediados de agosto y Kyoko había venido de Tokio para celebrar el *Bon*.

—¡Excelente elección, no esperaba menos de ti!

Mi hermana Anzu también se alegró mucho de mi compromiso. Mi madre se comportaba con normalidad. Eso me tranquilizó. Todo iba de maravilla. Al finalizar el encuentro, mi padre invitó a Ayako a visitar la gran casa y el amplio terreno.

—Mi padre construyó este edificio —le explicó orgulloso—. Cuando Nobuki era niño, aquí vivíamos muchas personas: mi mujer y yo, nuestros tres hijos y mis padres. Ahora solo quedamos nosotros dos. Nos encantará acogerla a usted en ella.

Ayako me miró asombrada. Confuso, volví la cabeza hacia mi madre.

—Podemos construir un anexo en una esquina del terreno, Ayako-*san*—añadió ella—. Allí podrá practicar y dar clases de piano.

La idea entusiasmó a mi padre. Mi prometida, en cambio, parecía cada vez más desconcertada.

—¡Estoy deseando cuidar aquí de nuestros nietos! —exclamó entonces mi madre.

Mi padre me sonrió.

—Papá, no vamos a vivir en esta casa —les anuncié entonces—. Ya se lo dejé claro a mamá.

Mi padre miró incrédulo a mi madre, que ni se inmutó. Me quedé pasmado: «¿Se habrá olvidado de su promesa?».

—Nobuki, eres nuestro heredero —prosiguió mi padre—. Esto tenemos que discutirlo entre familia.

—No, ahora se trata de nuestra vida, así que lo discutiré con mi prometida.

Mi respuesta lo trastornó. Mi madre estaba aturdida. Mis hermanas no se atrevían a intervenir. Crispados, pusimos punto final a la visita.

Por la noche, mi padre me llamó por teléfono.

—¿Es tu prometida la que no quiere vivir con nosotros?

—No, papá —me apresuré a contestar—. La decisión es de los dos.

—En cualquier caso, podríais mudaros aquí cuando tengáis un hijo. Tu madre lo cuidará para que Ayako pueda trabajar.

—Gracias, pero ya nos arreglaremos.

—¿No quieres heredar esta casa?

—No. Puedes dársela a mis hermanas.

Calló, sin duda ofendido. Para aplacarlo, le di las gracias por todo lo que había hecho para criarme y le dije lo afortunado que me sentía de ser su hijo.

—Buena suerte a los dos... —murmuró.

Al día siguiente, mi madre vino sola a verme. Insistió de nuevo para que cambiara de opinión y volvió a quejarse de mi padre. Intenté razonar con ella.

—Mamá, no cuentes conmigo ni con mi futura familia. Ahora eres libre, es tu vida, haz lo que quieras.

Entonces, de repente, se echó a llorar. Desorientado, volví a animarla para que buscara la manera de mejorar la convivencia con mi padre. Le prometí que iría a verlos a menudo y que no faltaría a las reuniones familiares.

Ayako y yo nos casamos y nos mudamos a un pequeño apartamento de las afueras. Ella siguió dando clases en el instituto de música. Al año siguiente, dio a luz a nuestra primera hija. Cuando se quedó embarazada de la segunda, compramos una casa, también en las afueras, en la que aún vivimos.

Los olvidos de mi madre se hicieron cada vez más frecuentes. Cuando por fin accedió a ir al médico, tenía setenta años.

Llego a casa. Antes de entrar, paso por el garaje para dejar lo que he comprado. Mientras coloco las latas de pintura en una estantería, mi mujer viene a buscarme para cenar.

—¿Cómo está tu madre?

Le contesto que no puede andar sola desde hace tres días. Ayako me anima a visitarla con más frecuencia. No le digo que mi madre ya no me reconoce.

—¿Y tu padre?

—*Oyaji* está de maravilla.

Ayako sonríe al oír la palabra *«oyaji»,* que he pronunciado delante de ella por primera vez.

—Mis hermanos utilizan ese término desde su época de estudiantes. Tiene cierta connotación viril, como si implicara una relación madura y de igual a igual entre padre e hijo.

—¿Madura y de igual a igual? —le digo—. Qué interesante.

Mi mujer me habla del concurso regional en el que han participado hoy tres de sus alumnos. Uno de ellos ha ganado una medalla de oro. Todos se han esforzado al máximo y los padres le han dado las gracias a ella por la entrega con la que les enseña.

—¿Cuál es la otra buena noticia que quieres anunciar en la cena? —le pregunto a continuación.

—Contigo voy a hacer una excepción, y he venido a decírtelo en primer lugar —me contesta bajando la voz.

Miro su rostro radiante. A pesar de que estamos solos, me susurra al oído:

—Estoy embarazada de un mes.

—¡¿Qué?!

Ayako se lleva el índice a la boca.

—¡Chist! El médico me ha llamado esta tarde. Todo parece estar bien.

¿Un tercer hijo? Y yo que acabo de decirle a mi padre que no pensábamos tener más. Mi mujer percibe mi reacción.

—¿No estás contento?

—¡Pues claro, estoy encantado! Solo que me sorprende, porque pensaba que ya no te apetecía tener más niños, eso es todo. —Ayako sonríe. Sin pensarlo mucho, añado—: Espero que esta vez sea niño.

—¿Quién sabe? —dice ella en tono divertido—. Sea cual sea el sexo, el niño será tu doble, igual que nuestras hijas, y yo te tendré celos.

—¿Cuándo sales de cuentas?

—En enero.

Durante la cena, mi mujer anuncia su embarazo a las niñas, que se alegran mucho más de lo que me esperaba. Miyoko y Namiko exclaman: «¡Menudo regalo!», «¡Gracias, mamá!». Las dos nos prometen que cuidarán del bebé.

—Yo quiero un hermanito —dice la mayor.

—¡Pues yo una hermanita! —replica la pequeña.

—¿Quién elegirá el nombre? —preguntan las dos.

—Si es niño, lo hará papá; si es niña, yo —responde su madre.

Eso fue lo que Ayako decidió en el primer embarazo. Nuestras hijas se divierten proponiendo nombres al azar. Observo sus caras. Es cierto que se parecen más a mí que a Ayako. Imagino cómo será tener un hijo que se parezca a mí. Ahora entiendo la inmensa alegría que se llevó mi padre cuando nací después de mis dos hermanas.

La comida termina con la tarta de arándanos. No tardamos en dar buena cuenta de ella. Después, lavo los platos y las niñas los secan.

Cuando acabamos, saco la mesa de ping-pong del garaje y la instalo en un rincón del jardín. Miyoko y Namiko juegan bien para su edad. Las dos son muy activas físicamente, prefieren el deporte a la música y van a clases de natación y kárate. Juego una partida con ellas.

Entro en el salón, donde Ayako descansa leyendo una revista. A pesar de la fatiga del día, está de buen humor. Volvemos a hablar de nuestro futuro hijo y sobre la necesidad de preparar una habitación para él. Ayako tiene pensado tomarse un año de baja por maternidad a principios de diciembre.

A continuación, voy a mi pequeño estudio de la planta baja a tocar un poco la guitarra. Tengo clase con mi profesor los miércoles por la tarde. Es español y durante el día enseña en la misma escuela que Ayako. Nos llevamos muy bien y estoy haciendo muchos progresos con él.

Abro la partitura de *Recuerdos de la Alhambra.* Hace poco, una orquesta de aficionados de nuestra región me invitó a participar en un concierto que se celebrará la próxima primavera. En esa época estaré ocupado con nuestro hijo recién nacido, pero aceptaré de todas formas si me dejan tocar una o dos piezas en solitario.

Al cabo de una hora, regreso al salón.

—Tu padre me ha llamado mientras tocabas la guitarra —me dice Ayako.

—*¿Oyaji* te ha llamado?

—Sí. Hemos hablado del cumpleaños de tu madre. Se preguntaba si podríamos cantar *Semi* y si yo podría acompañaros al piano. He aceptado encantada.

—Eres muy amable, Ayako.

—Me ha felicitado por el embarazo —añade ella.

—¿Se lo has dicho ya?

—Yo no. Miyoko ha respondido a la llamada y le ha soltado: «¡Mamá está embarazada, abuelo! ¡Quiero que sea niño!».

Excitadas por la perspectiva de tener un hermanito o una hermanita, esta noche las niñas no tienen ganas de irse a la cama a la hora habitual. Las invito a venir al salón para enseñarles la redacción que escribí cuando era pequeño y que mi padre había encontrado. Movida por la curiosidad, mi mujer se une a nosotros.

Les explico que redacté ese breve texto como parte de los deberes que nos habían puesto para las vacaciones de verano y que el tema para los alumnos de mi nivel era «Mi nombre». Por aquel entonces, yo tenía siete años. Dado que están en cuarto y tercero de primaria,[1] Miyoko y Namiko descifran mi letra con facilidad y la leen en voz alta.

Nobuki Niré: 楡信樹 (にれのぶき)

Mi apellido, Niré, significa «olmo». Todos lo llevamos en mi familia: mis abuelos, mis padres, mis dos hermanas y yo. Mi nombre, Nobuki, significa «árbol fiel». Así pues, soy un olmo, un árbol fiel. Me gusta mucho. Mi padre me puso ese nombre. Confiaba en que yo llegara a ser una persona honrada y fuerte...

—Seguro que nuestros abuelos estarían muy orgullosos —comenta Miyoko.

—Sí, sobre todo mi padre.

Añado que gané el primer premio de las tres clases.

—¿Te ayudó alguien? —me pregunta Namiko.

—No, en absoluto. La hice yo solito.

—En primero no se aprenden los *kanji* del propio nombre. Son demasiado complicados. ¿Te los enseñó tu madre?

—No, mi padre.

A decir verdad, mi madre se había opuesto: «¿Por qué tan pronto? Sus compañeros no podrán leerlos». Tenía razón. Pero mi padre insistió: «Nobuki solo tiene que trazar los *furigana*. Es su nombre, tiene que saber ya los *kanji».*

—¿Tu padre participó también en la educación de tus hermanas? —me pregunta mi mujer.

—No, solo en la mía.

Les hablo de mi infancia. Cuando nací, mis hermanas tenían siete y cinco años. Mi padre me quería mucho. Jugábamos juntos a la pelota, pescábamos en el río y nadábamos en el mar. Cuando entré en el colegio, supervisaba mis deberes y asistía a las fiestas escolares. Mis hermanas bromeaban: «¡Nobuki, el ojito derecho de papá!».

—Si nace un niño, te comportarás como tu padre —se burla Ayako.

Miyoko cuenta el número total de *kaku* que tienen mis *kanji:* 楡信樹.

—¡Treinta y ocho! —exclama—. ¡Son demasiados para tener siete años!

—Así es —asiento riéndome—. Aun así, me divertía con ellos tanto como cuando dibujaba un coche.

Les cuento a mis hijas que uno de mis compañeros se llamaba Hajimé Naka: 中一. Sus dos *kanji* solo tienen cinco *kaku,* que se aprenden en primero. En cambio, los míos, *«nobu»,*信, y *«ki»,*樹, se enseñan en cuarto y en sexto, y *«niré»,*楡, ni siquiera se da en el colegio, porque se trata de una caligrafía antigua.

—Mi compañero escribía su nombre en un abrir y cerrar de ojos —añado—. Lo envidiaba, aunque al final el mío acabó gustándome mucho. «El olmo, el árbol fiel.» Me parece magnífico.

—A partir de ahora escribiré también «Niré» en *kanji* —declara Namiko.

—Tú llevas el apellido de papá, pero antes de casarte tenías otro. ¿Por qué renunciaste a él? —le pregunta Miyoko a su madre.

—Hay que elegir uno de los dos y yo decidí seguir la tradición.

—¿Por qué no puede cada uno conservar su apellido?

—La ley sigue siendo así en Japón.

—¿Cómo se llamaba de soltera Fujiko-*san?*—me pregunta la pequeña.

—¿Mi madre? Kajiyama.

—¿Fujiko Kajiyama? ¡Qué bonito! Me gusta más que Fujiko Niré.

—Nobuki Kajiyama también es bonito, papá —afirma la mayor yendo aún más lejos.

El día siguiente amanece seco y soleado. El pronóstico meteorológico anuncia que la temperatura alcanzará los veintitrés grados. Un poco caluroso para esta época del año.

Es domingo. Tras una buena noche de descanso, desayunamos tarde. Esta mañana voy a ayudar a mis hijas a pintar sus escritorios. Están impacientes, contentas con los colores que han elegido.

Mi hermana me llama por teléfono. Primero me felicita por el embarazo de Ayako y luego me habla de los muebles que guarda en el trastero de su casa, la misma donde vivían nuestros padres. Todavía quedan algunas cosas que nos pertenecían a mis hermanas y a mí. Anzu pasa al tema de nuestra madre y me anima: «Pregúntale sobre su infancia, le hará ilusión». Le respondo que lo intentaré.

Después de comer, mientras mi mujer limpia, bajo los escritorios de las niñas al patio trasero. El de Miyoko es el que yo tenía cuando era niño. El de Namiko pertenecía a Kyoko. Me pongo una mascarilla para lijarlos.

Mi hija pequeña me pregunta por mi hermana, la que murió hace pocos años.

—¿La tía Kyoko era buena estudiante?

—Sí, ella siempre sacaba buenas notas. Sus antiguos profesores no dejaban de elogiarla: «Kyoko Niré era inteligente, educada, fiable. Ayudaba a los alumnos menos capaces. Era un ejemplo excelente para todos».

—¿Era guapa?

—Sí, mucho.

Kyoko tenía mucho éxito con los chicos. Por su carácter activo e impetuoso, atraía las miradas de todos. Sus compañeros la comparaban con Anzu, que era todo lo contrario. Algunos intentaban provocarlas: «¿De verdad sois hermanas?». Pero lo cierto era que las dos se parecían mucho a nuestro padre.

—¿Cuántos años tenía cuando murió?

—Treinta y siete años.

—Son los años que tú tienes ahora, papá.

—Exacto.

Kyoko siguió siendo coqueta hasta el final. Recuerdo su bello rostro, su melena negra, su figura esbelta.

—Pobre abuela... Tuvo que ser muy duro para ella —susurra mi hija pequeña como si fuera una adulta.

Asiento con la cabeza sin decir nada.

Kyoko vivió de forma muy libre, pero sin preocuparse por su salud. Estaba demasiado segura de sí misma y era orgullosa, sin duda tenía enemigos. En cualquier caso, me gustaba mucho su carácter independiente y sus ideas feministas. Cuando empecé a trabajar como ingeniero civil, me dijo algo revelador: «Eres un poco ingenuo con las mujeres, Nobuki. El trabajo y la guitarra te ocupan mucho tiempo. Desconfía de las que solo buscan la estabilidad y tener hijos. Elige una chica culta, con un espíritu autónomo y una profesión digna de ti. Podría ser una música, aficionada o no, con la que puedas divertirte. No pienses demasiado en la responsabilidad que te corresponde como heredero de la familia Niré».

Su muerte prematura me entristeció mucho. Aunque, a decir verdad, lo que más me afligió fue el sufrimiento que causó a nuestra madre. Jamás olvidaré sus palabras: «¡Qué estúpida eres, Kyoko! ¡Ingrata! Nadie debe morir antes que sus padres».

Termino de lijar el escritorio de Namiko. Las niñas se ponen a pintarlo juntas sin dejar de parlotear. Mientras tanto, me ocupo del de Miyoko, que fue mío hasta que terminé la escuela primaria. Me gustaba mucho ese escritorio. Tiene tres cajones hondos a cada lado y uno menos profundo en el centro para guardar hojas de papel, lápices y reglas. Por desgracia, este último ya no se abre; es posible que la humedad haya hinchado la madera.

Mi mujer baja de la cocina y nos propone:

—¿Os apetece ir a dar un paseo por la playa esta tarde? Después podríamos cenar en nuestro restaurante de siempre. —A mis hijas les encanta la idea. Dirigiéndose a mí, añade—: S. te ha dejado un mensaje en el contestador.

S. es un amigo del instituto. Sus padres viven en una residencia privada de lujo, no muy lejos de aquí. Cuando los visita, a veces pasa a vernos.

—¿Qué ha dicho?

—La residencia de sus padres acaba de declararse en quiebra.

El tiempo sigue siendo magnífico. Hemos decidido ir toda la familia a la playa.

S. se reunirá con nosotros después de visitar a sus padres. No quería molestarnos en nuestra pequeña excursión familiar, pero mi mujer me animó a invitarlo de todas formas: «Debes de estar harto de tanta cháchara femenina», me ha dicho para picarme un poco; «te dejaremos tranquilo con tu amigo, aprovecha». S. es ingeniero como yo y también guitarrista aficionado. Está casado y tiene dos hijos. Vive con su familia en Okayama.

Me encanta el olor del mar. Respiro hondo mientras contemplo el paisaje. A lo lejos, a la derecha, resplandece el monte Daisen. Las gaviotas vuelan chillando en lo alto. Mi madre nos traía aquí, a mis hermanas y a mí, cuando éramos pequeños. El año pasado aún podía nadar. Paseé por esta playa con ella hace dos meses. Era una tarde soleada como la de hoy. Señalando con el dedo el monte Daisen, cuya cima aún estaba nevada, me dijo: «Es el monte Fuji, señor».

Mi mujer lee una revista sentada en su silla plegable. Nuestras hijas hacen un castillo de arena sin dejar de parlotear. Mi amigo llega y saluda a todo el mundo. Afirma que las niñas podrían ser gemelas y que se parecen mucho a mí, al contrario que sus hijos, que han salido a la madre. Sueña con tener una niña.

S. y yo paseamos por la orilla. Da la impresión de que la quiebra de la residencia, una de las más caras de nuestra prefectura, le preocupa mucho. Imagino la angustia que deben de sentir sus padres. Confío en que los míos no tengan que pasar por semejante trance, pero nunca se sabe.

—¿Acaso faltaban clientes? —pregunto a mi amigo.

Se apresura a negarlo. En su opinión, es por culpa de la mala gestión, a pesar de que el negocio iba de maravilla. Me explica la complicada situación en la que se encuentran sus padres, que ahora tienen que consultar con un abogado. Vendieron su casa y pagaron un buen anticipo para poder vivir en la residencia hasta que fallecieran. Como esa cantidad se amortizaba cada mes, los gastos mensuales se habían reducido al mínimo.

—Mis padres solo han vivido allí tres años y tienen que recuperar su dinero —dice exhalando un suspiro—. Están esperando a que el abogado compruebe las medidas que adoptó el propietario para proteger a los clientes.

Añade que, aun en el caso de que alguien compre al final la residencia, sus padres ya no quieren seguir en ella. Él les aconseja mudarse a una institución pública, pero ellos se niegan.

—¿Y tu casa? —le sugiero a mi pesar.

—¡Eso ni hablar!

Mi amigo me explica entonces que a su madre no le gusta su nuera. Incluso si su esposa consintiera en invitarlos a vivir en su casa, aunque solo fuera por un tiempo, la madre no lo aceptaría.

—Tiene un carácter difícil. Peor para ella, no me casé con mi pareja para complacerla —recalca.

Sonrío con amargura al oír sus últimas palabras. Mi amigo tiene una hermana mayor que no se lleva bien con los padres porque se opusieron a su matrimonio. Cada familia tiene sus problemas. S. me pregunta por la residencia donde viven mis padres y de la que están muy contentos. La dirige una pareja con sus hijos y todos se desviven por los ancianos. El personal tiene experiencia, hay muchas actividades gratuitas, no hay que pagar nada por adelantado, las cuotas mensuales son razonables...

—¿Cuánto tuvieron que esperar para que les dieran plaza?

—Un mes —respondo—. Pero entonces no era como ahora; en este momento tardarían un par de años en admitirlos.

—¡Dos años! Es demasiado tiempo para mis padres.

Suspira de nuevo. Luego me pregunta por mi madre. Le informo brevemente de su estado.

—La recuerdo como una persona sencilla, honesta y atenta —me dice con nostalgia—. Yo la quería mucho. Cuando estábamos en el instituto, iba a tu casa a ensayar los dúos de guitarra que luego tocábamos en las fiestas. Y tu madre siempre nos ofrecía un dulce o algunos *onigiri* que ella misma había preparado. Estaban exquisitos. La verdad es que no veía la hora de que volviéramos a vernos. Incluso soñaba con que mi madre fuera como la tuya.

Había olvidado por completo aquella época. Ni siquiera sabía que mi madre le gustara tanto a mi amigo. La suya tenía una tienda de ropa femenina. Rara vez estaba en casa y solo coincidí con ella en una ocasión.

—¿Cuándo viste a mi madre por última vez?

S. reflexiona y me responde:

—Puede que un año después de tu boda, en una cafetería del centro de la ciudad. Estaba sola. Habría querido saludarla, pero parecía tan concentrada en lo que estaba escribiendo que no me atreví a molestarla.

—¿Escribiendo?

—Sí, estaba anotando algo en un cuaderno.

La playa se extiende aún varios centenares de metros ante nosotros. Volvemos sin prisa hacia el lugar donde dejamos a mi familia.

Hablamos de nuestros amigos comunes. Según él, K. se está divorciando. Su esposa y él tienen una niña de la misma edad que

mi hija mayor. La causa de la separación me consterna. Al parecer, K. le puso a su hija el nombre de su exnovia. Es patético.

—En nuestro caso, fue Ayako la que eligió los nombres de nuestras hijas.

—Hiciste bien dejando en sus manos esa responsabilidad —bromea S.

—No, lo decidió ella. Si hubiera sido chico, lo habría hecho yo.

—¿Pensáis aumentar la familia?

—Ayako está embarazada de un mes.

—¿En serio? ¡Enhorabuena! Tus padres también deben de estar contentos.

—Mi padre, sí. En cuanto a mi madre, no sabría decirte.

—Ya... —S. calla un momento. Luego prosigue en tono vacilante —: Nobuki, sé que no tienes vínculos de sangre con tus padres, pero... —¿Qué? ¿A qué se refiere? Confundido, miro a mi amigo, que continúa—: A pesar de eso, parecéis una familia muy unida, mucho más que la nuestra. Incluso ahora que tu madre padece esa enfermedad...

—¡No soy un niño adoptado! —lo atajo.

Mi amigo S. acaba de marcharse. Ayako sigue leyendo en la silla plegable. Rebosantes de energía, las niñas juegan al bádminton. Me uno a ellas. Hacia las cinco de la tarde todos estamos hambrientos, así que dejamos la playa para ir a cenar a nuestro restaurante favorito.

Llegamos a casa poco después de las siete. Nada más entrar, las niñas corren al patio trasero para ver cómo han quedado los escritorios recién pintados. Los subo a sus habitaciones. Satisfechas, se bañan juntas y se acuestan enseguida. Mi mujer y yo vemos las noticias en la televisión del salón.

Sigo sintiéndome turbado. «Es ridículo...», murmuro. S. creía de verdad que yo era un niño adoptado. Se lo había contado M., uno de nuestros compañeros de instituto. «Si quieres, te puedo enseñar mi *koseki»,* le dije muy serio. Mi amigo se apresuró a disculparse y me prometió sacar a M. de su error.

Cuando termina el telediario, le refiero a Ayako el rumor. Ella se echa a reír.

—¡Qué gracioso! He visto tus fotos de recién nacido, donde apareces con tu madre en el hospital. Erais casi dos gotas de agua.

Tiene razón. En cambio, no me parezco en nada a mi padre. Soy alto y delgado, mientras que él es de complexión robusta. Tengo la cara ovalada, en tanto que la suya es cuadrada. Cuando iba al colegio, mi madre me repetía: «Me recuerdas sobre todo a mi abuelo, así que es cuestión de herencia». Pero, al igual que mi padre, soy del grupo B.

Me doy un baño con Ayako. Después, empiezo a revolver en el *oshiire*.

—¿Qué buscas? —me pregunta mi mujer bostezando.

—Un álbum de fotografías.

—¿Cuál?

—El que me dio mi madre poco después de nuestra boda.

—Ah, el álbum de tu infancia. Sé dónde está. —Saca una caja de cartón de un rincón—. Aquí lo tienes, cariño. Podrías enseñárselo a S.

Lo llevo al salón. Hace años que no lo abro. Lo hojeo sentado en el sofá. En él hay fotografías de cuando iba a la guardería. Están cuidadosamente ordenadas por orden cronológico. Creo que mi madre hizo lo mismo con las de mis hermanas.

En la primera página hay un gran retrato mío de recién nacido envuelto en un paño blanco. Debajo, veo unas palabras escritas a mano: «Tercer día, 3,48 kg». En la segunda, mi madre me tiene en brazos. Parece agotada. Estamos en la habitación de un hospital.

Sigo y descubro dos fotos tomadas en el mismo lugar. En una se ve a mis dos hermanas de pie junto a mi madre, que me está amamantando. Kyoko tiene siete años y Anzu, cinco. Miran fijamente a la cámara. Detrás, en el alféizar de la ventana, hay varios jarrones con flores. En la otra es mi padre el que me tiene en brazos. Parece feliz. Mi madre está sentada en la cama. La imagen está un poco borrosa. Debieron de sacarla Kyoko o Anzu.

Paso la página. La familia Niré reunida delante de la entrada del hospital: mis padres, mis abuelos, mis hermanas y yo en brazos de mi abuela. Mi abuelo tiene las manos apoyadas en los hombros de mis hermanas. Mi madre está de pie junto a mi padre. Todos sonríen excepto ella, que todavía parece cansada.

Sigo mirando el álbum con atención, algo que jamás había hecho hasta este momento. En realidad, fue Ayako quien se interesó

mucho en él cuando lo recibí. Quería saber cómo era yo de recién nacido y cómo eran mis padres.

—¿Tu madre tenía cuarenta años? —preguntó asombrada—. ¡Se necesita valor para tener un hijo a esa edad!

Más adelante hay muchas fotografías mías con mi padre. Me sostiene en brazos, sobre los hombros y sobre la espalda en varios lugares: en nuestro jardín, en el campo, en la playa, en una cafetería, en un restaurante, en una tienda de juguetes, en el parque infantil. Vuelvo a oír las burlas de mis hermanas: «Nobuki, el ojito derecho de papá».

También hay fotos con mis abuelos paternos. Estoy entre ellos, que me cogen cada uno de una mano. En todas dan la impresión de estar encantados con su primer nieto. Observo el físico de mi abuelo, que era tan robusto como mi padre. Me doy cuenta de que mis abuelos dejan de aparecer después de que yo cumpliera tres años. Qué extraño. Mi abuelo murió cuando yo tenía nueve y mi abuela, al año siguiente. Vivieron con nosotros hasta el final de sus vidas.

En la última página aparezco posando delante de la casa, vestido con un traje azul oscuro. Era el día de la ceremonia de fin de curso del parvulario. Cierro el álbum.

Bostezo. Son ya las once y mañana es lunes. Tengo que acostarme.

—Despierta, Nobuki. Es hora de ir al colegio.

—No, mamá, me voy a quedar en casa.

—¿Estás enfermo?

—No, pero ya no me gusta el colegio.

—¿Qué ha pasado?

—M. dice cosas horribles. Va contándoles a los de la clase que papá y tú no sois mis verdaderos padres.

—Pero ¡eso es ridículo! Enséñale tu *koseki*.

—¿Mi *koseki?* ¿Qué es eso?

—Es el certificado oficial de nacimiento. Nuestros nombres aparecen en él, lo que significa que somos tus verdaderos padres.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto, Nobuki.

Mi madre se apresura a traérmelo.

—Aquí lo tienes. Mira, primero están el nombre de tu padre y el mío, luego el tuyo. En ninguna parte figura escrito *«yoshi»,* que significa «niño adoptado».

Escribe en un papel *«yoshi»,* en *kanji:*養子. Examino el documento lleno de caracteres complicados. Solo consigo leer mi nombre, 楡信樹 , pero me aseguro de que las palabras «niño adoptado» no aparezcan por ningún lado. Satisfecho, me levanto.

—Gracias, mamá. Lo voy a llevar al colegio.

Entro en clase. El pérfido de M. me está esperando con sus amigos para fastidiarme. Le entrego orgulloso el documento. Él lo lee sin dificultad, como un adulto. Eso me impresiona. De repente, se echa a reír.

—¡Solo veo los nombres de tus padres! ¡Tú ni siquiera existes!

¿Qué? Le arrebato el documento de las manos. Tiene razón. Palidezco, conmocionado.

—¡Nobuki es un mentiroso! —gritan todos al unísono.

Vuelvo a casa llorando.

—¡Mamá, mamá!

—¿Quién eres? ¿Nos conocemos? —me pregunta mi madre.

—¡Soy tu hijo, Nobuki! —exclamo presa del pánico.

Ha transcurrido una semana. Vuelve a ser domingo y hace sol.

Esta tarde, mis hijas han participado en una competición de kárate en la ciudad, que he presenciado hasta el final. Me ha parecido interesante. A pesar de sus esfuerzos, ni Miyoko ni Namiko se han llevado una medalla. Aun así, me siento orgulloso de mis pequeñas, porque han competido con lealtad. Al final, le he dado las gracias a su entrenador por el excelente trabajo que hace con ellas. Antes de volver a casa, he decidido visitar a mis padres.

Llegamos a la residencia a eso de las cuatro. Mi padre nos abre la puerta.

—¡Ah, aquí están mis nietas!

Nos invita a entrar en la habitación. Mis hijas le cuentan enseguida cómo ha ido la competición y él las escucha divertido. Los dejo solos y voy al balcón, donde está mi madre. Sentada en una silla, contempla el monte Daisen.

—Buenos días, Fujiko-*san*—la saludo—. ¿Cómo está?

Ella vuelve lentamente la cabeza hacia mí.

—Buenos días —contesta. Luego me pregunta—: ¿Quién es usted?

—Me llamo Nobuki Niré. Soy el hermano de su amiga Anzu.

Mi madre sonríe.

—Hace un día precioso. ¿Le apetece pasear un poco por el jardín? —le propongo.

Ella rechaza la invitación con delicadeza.

—Es usted muy amable, señor, pero no puedo salir con un desconocido.

No sé qué más decir. Recuerdo el consejo de mi hermana: «Pregúntale por su infancia». Mientras intento dar con las palabras

para entablar esa conversación, mis hijas se reúnen con nosotros. Miyoko saluda a su abuela con desparpajo.

—Buenos días, Fujiko-*san.* Hoy hemos participado en una competición de kárate.

—¿Kárate? —exclama mi madre—. ¡Caramba! Pero si es un deporte para chicos.

Namiko se ríe.

—No, Fujiko-*san,* el deporte es para todos.

—No es verdad. ¿Qué me decís del sumo?

—Tiene razón, solo es para luchadores profesionales. Un compañero de clase lo practica en un club.

—Ah, bueno... No lo sabía.

—Fujiko-*san,* ¿tenía muchas amigas en el colegio? —le pregunta Miyoko.

—No, no muchas, pero sí una amiga íntima. Se llamaba Tami. Vivíamos en el mismo barrio y jugábamos juntas todos los días.

—¿Qué asignatura le gustaba más? —la interrumpe Namiko.

—Me encantaba la aritmética. Era buena con el *soroban*.

—¿Sus padres tenían animales?

—Sí, un perro y un gato que se llamaban *Shiro* y *Kuro*.

—¿Quién eligió los nombres?

—Yo. Los encontré en la calle.

—Entonces los habían abandonado.

—Sí. Nuestros vecinos querían llevarlos a la perrera.

—¡Usted los salvó!

—Sí, pero a mis padres no les gustó nada. Mi padre gritó: «¡No, no! No podemos tenerlos en casa». Me sentí muy triste. Así que prometí que me encargaría de ellos y al final mi madre logró convencer a mi padre. Cuando me ponía enferma, Tami venía a casa para sacar a pasear al perro.

—¿En primaria le gustaba algún chico en especial? —pregunta Miyoko.

A mi madre se le iluminan los ojos.

—Sí. Un alumno al que llamábamos Gaku-*chan*—contesta mi madre—. Todo el mundo estaba prendado de él, porque era encantador, inteligente y amable.

—¿Estaba enamorada de él?

—Sí, muy enamorada.

Mis hijas gritan divertidas. Es la primera vez que oigo a mi madre contar todos esos detalles. Además, habla con mucha naturalidad, como si no tuviera alzhéimer.

—¿Qué deporte prefería? —prosigue Namiko.

—La natación... y también el alpinismo.

Luego mi madre extiende un brazo hacia el monte Daisen.

—Mirad el monte Fuji. Lo he escalado muchas veces.

Estamos a principios de junio. Según el pronóstico meteorológico, la temporada de lluvias comenzará dentro de una semana.

Es un sábado soleado y bochornoso. Esta tarde mi esposa va a asistir a un curso organizado por su antigua escuela. Yo he pensado llevar a nuestras hijas a la cabaña-taller de mi hermana Anzu, que está allí desde ayer con su familia. Llamo por teléfono a mi hermana, que se alegra de que su hija Suzuko tenga ocasión de jugar con sus primas. Me dice que su hijo Toru no estará, porque tiene un torneo de kárate en su instituto. Yo cortaré leña para las *kamataki* con mi cuñado.

La familia de mi hermana es atípica. Anzu se divorció del padre de su hijo cuando el niño tenía siete años, y cinco años después se casó con Yuji. De hecho, él era el prometido de Kyoko, que murió poco después de dar a luz. Cuando se casaron, Anzu adoptó a su sobrina y Yuji al hijo de su nueva mujer. Fue un matrimonio de conveniencia. O al menos eso es lo que creemos. La verdad es que da igual, la pareja parece feliz con sus hijos, que, por otra parte, se llevan muy bien. En su casa todos se apellidan también Niré.

Mi cuñado me gusta, es una persona tolerante y sólida. Dirige la sucursal de la empresa farmacéutica T. aquí, en Yonago. Perdió a sus padres en el gran terremoto de Tohoku. Como no tiene hermanos ni hermanas, los Niré son para él su familia. Cuando lo vio por primera vez, mi madre me dijo: «¿Cómo es posible que Kyoko, con lo orgullosa que es, haya podido conquistar a un hombre tan dulce y afectuoso? Espero que Anzu encuentre a alguien como él».

Kyoko había conocido a Yuji en Tokio. Mi hermana trabajaba en una empresa comercial estadounidense y él en la sede central de T.

Poco después de prometerse, ella se quedó embarazada, pero justo entonces le detectaron un grave tumor cerebral. Yuji ya había aceptado el puesto de director de la sucursal aquí. Kyoko lo siguió para poder descansar. Él la cuidó con una paciencia y una devoción infinitas. En el funeral, mi madre le agradeció todo lo que había hecho por su hija. Mi cuñado la abrazó en silencio y la dejó llorar mucho tiempo.

Llegamos a la cabaña. Mis hijas y su prima de seis años van a jugar al jardín. Mientras Anzu trajina en su taller, su marido y yo cortamos leña a la sombra de los árboles.

Tras dos horas de trabajo extenuante, vamos a descansar al taller. Anzu nos ofrece *dango* con *mugicha* fresco. Está delicioso. Las niñas charlan alegremente. Observo las piezas de cerámica dispuestas en las estanterías, a la espera de ser cocidas. Mi hermana es una artista famosa por los jarrones de ikebana que realiza siguiendo el método tradicional.

—¿Quién construyó esta cabaña? —pregunta mi hija mayor a su tía.

—Mi abuelo paterno —responde Anzu con orgullo—: Además, hizo el horno de leña. La casa de la ciudad también es obra suya.

—¿Era carpintero?

—No, era funcionario, pero le encantaba la cerámica. Me enseñó muchas cosas sobre este arte maravilloso. Gracias a él, descubrí mi verdadera pasión.

Pienso en mi álbum de fotografías, en el que nuestro abuelo desaparece después de que yo cumpliera tres años. Esa extraña circunstancia vuelve a intrigarme.

—Y a ti, papá, ¿no te interesaba la cerámica? —me pregunta mi hija menor.

—No, ni pizca.

En realidad, mi abuelo nunca me animó a probar. «Nobuki aún es demasiado pequeño», le repetía a mi madre. En cuanto a Kyoko, no le gustaba nada el campo e incluso se negaba a venir aquí. Sea como fuere, y a diferencia de Anzu, ni Kyoko ni yo nos relacionamos mucho con él.

Después de la pausa, mi cuñado va con las niñas a bañarse al río. Ayudo a mi hermana a guardar la leña cortada.

Anzu está orgullosa de su horno de cerámica. Lo examino. He de reconocer que parece muy sólido. Hablamos de nuestro abuelo, que murió de cáncer de pulmón. Era un gran fumador. Pasó seis meses postrado en la cama antes de fallecer. La abuela ya no estaba en buena forma, así que nuestra madre se ocupó de él.

—Cuando murió, yo tenía catorce años y tú nueve. ¿Te acuerdas de ese día? —me pregunta mi hermana.

—Sí, vagamente. Estaba jugando en el jardín con un amigo. —Callo un momento—. Me sentí bastante aliviado por mamá —prosigo —. Era un viejo caprichoso. Nunca le tuve mucho cariño.

Anzu me mira con curiosidad.

—¿Por eso te negaste a heredar su casa?

—No, en realidad no —respondo—. Al igual que tú, Ayako es muy independiente. Me refiero a que tiene un espíritu libre. Algo de lo que carece nuestra madre, que habría querido construir su vida en torno a sus hijos. Confiaba en que al final se centrara en su día a día con papá, o incluso sin él. —Mi hermana se queda pensativa. Continúo—: ¿Sabías que incluso pensó en irse a vivir sola? Fue en la época en que me comprometí con Ayako.

Anzu me mira sorprendida.

—¿Discutían?

—No, simplemente no había comunicación entre ellos. Es peor que pelearse. Mamá se sentía sola con él.

—Debió de ser cuando yo tenía problemas en mi matrimonio. No estaba en condiciones de escucharla.

—La ironía es que tu divorcio salvó su vida conyugal.

—¿Cómo es eso?

—Necesitabas que te ayudaran con el pequeño Toru y con tus *kamataki,* así que no les quedó más remedio que hacer cosas juntos. Mamá dejó de quejarse, sobre todo después de que se instalaran en la residencia. Esa fue, al menos, la impresión que me dio.

—Me alegro.

Luego mi hermana me habla de Suzuko. Hace poco, uno de sus compañeros de clase se compadeció de ella: «Pobrecita. No tienes madre, eres una niña adoptada». Suzuko le contestó al vuelo: «Te equivocas. Tengo dos madres verdaderas: la que me trajo al mundo y la que me cría. Y yo elegí a las dos». Su respuesta me recuerda a Kyoko, que tenía mucho carácter.

—Por cierto —digo—, mi amigo S. creía que yo también era adoptado.

Anzu se echa a reír.

—¡Menuda tontería! Cuando naciste, papá nos llevó al hospital a Kyoko y a mí. Todo el mundo estaba emocionado por el acontecimiento. Nuestros abuelos también se alegraron mucho cuando naciste. El primer niño de la familia Niré. Y, sin embargo, ¡has renunciado a tu herencia!

Me río de su ironía amistosa. Al instante me viene a la mente lo que Kyoko me dijo poco antes de morir. «No te sientas culpable por haberte negado a vivir con nuestros padres, Nobuki. ¿Sabes por qué? Nuestro abuelo quería que Anzu heredara su casa, además del terreno en el campo y la cabaña.»

Una noche, Miyoko entra en mi estudio mientras practico *Recuerdos de la Alhambra.*

—Perdona que te moleste, papá, pero creo que esto es para ti.

Me enseña un viejo sobre marrón sellado que parece contener un libro. No hay nada escrito en el sobre.

—¿Dónde lo has encontrado? —le pregunto.

—En el cajón atascado del escritorio.

—¿Cómo has conseguido abrirlo?

—Lo sacudí y de repente empezó a moverse.

Me quedo pensativo. Después de pintarlo, el escritorio estuvo toda una tarde al sol. Eso debió de secar un poco la madera. Miyoko sale de mi estudio exclamando:

—¡Por fin el cajón sirve para algo!

Abro el sobre con cuidado. Saco un cuaderno grueso con la cubierta rígida de color azul oscuro. No me resulta familiar. En la primera página veo una fecha en la que no se especifica el año y frases escritas con tinta negra. La caligrafía de un adulto.

—¡Es de mamá! —exclamo unos segundos después.

El cuaderno tiene unas doscientas páginas. Hojeo dos o tres y me doy cuenta de que es su diario íntimo. No sabía que tuviera uno. ¿En qué periodo lo escribió? Me vienen a la memoria las palabras de mi amigo S. Según él, un año después de mi boda vio a mi madre en una cafetería, escribiendo muy concentrada.

—Menudo hallazgo... —susurro.

Estoy muy contento, pero también intrigado. ¿Por qué mi madre metió su diario en mi viejo escritorio infantil? ¿Cuándo lo puso allí?

¿Por qué no se lo llevó a la residencia, donde mi padre podría haberlo encontrado?

Dejo la guitarra y leo algunas páginas.

Sábado, 28 de junio, llueve, son las 15:25 h.

En la cafetería M.

Hoy es mi cumpleaños. Esta mañana, cuando me he despertado, he decidido empezar un diario.

Antes, hasta que Nobuki se mudó a su apartamento, llevaba un cuaderno de gastos. Como me gusta la contabilidad, esta tarea no me desagradaba. En cambio, nunca me ha atraído la idea de llevar un diario. Lo intenté cuando cumplí veinte años, pero solo aguanté unas semanas.

Entonces, ¿por qué ahora? Pues porque últimamente me olvido de muchas cosas. Antes no me tomaba en serio ese problema, porque al final siempre lograba recordar lo que parecía escapárseme. Pero ya no es así. Me siento confundida cada vez que la gente me dice: «¡Fujiko, te lo dije el otro día!» o «¡Me lo prometiste!». No quiero que ese estado empeore. Temo que sea alzhéimer, por supuesto. No me atrevo a hablar de ello con mi marido ni con mis hijos, pero, como necesito expresarme de alguna forma, se me ha ocurrido esta solución. Voy a escribir todos los días cosas cotidianas, lo que pienso, lo que sea.

La estación de las lluvias terminará dentro de dos semanas. Estoy deseando que llegue el verano. Me encanta escuchar el canto de las cigarras. Cuando era niña, me apasionaba observar a esos insectos, de los que conozco todas las especies. ¿Desaparecerá también algún día ese placentero recuerdo? Si

pierdo por completo la memoria y no reconozco a nadie, ¿en quién me convertiré? ¿Seré otra persona?

Domingo, 29 de junio, nublado, 14:30 h.

En casa.

Después de comer, mi marido ha ido al centro a comprar unos libros. Escribo en mi diario sentada en un rincón del jardín, rodeada de unas hortensias enormes. Cada macizo de flores es de un color delicado: lila, rosado, blanco, azul pálido... Las plantamos mi suegra y yo.

Anoche, mi marido Tetsuo me llevó a nuestro restaurante preferido para celebrar mi cumpleaños. Comimos sushi *y* yakitoris*. Me gustaron los* nigiri *de caballa marinada con vinagre. La sopa de miso con algas y tofu estaba exquisita. ¿Qué más comí? Ah, sí, berenjena cocida en salsa de soja.*

Tetsuo conoce al chef desde la escuela primaria. Hablan en un dialecto local que yo no domino del todo. El chef me preguntó por mi región natal, por mi familia y por qué había elegido vivir en Yonago. Me expresé de forma detallada y precisa. Mi marido me miraba impresionado.

Transcribo aquí lo que dije.

«Soy originaria de la prefectura de Shizuoka, conocida por el té, por la fabricación de instrumentos musicales y, sobre todo, por el monte Fuji. Mi padre era contable en una empresa de pianos, y mi madre, ama de casa. Eran dueños de tres áreas de tierra donde cultivaban verduras y flores por puro placer. Tengo dos hermanos mayores y una hermana menor que aún viven allí. Cuando estaba en el instituto, pensaba ya en buscar trabajo en otro lugar. Quería vivir cerca del mar, pero también de la montaña. El monte Daisen

y el mar del Japón me cautivaron durante un viaje que hice por la región de San'in. El lugar me pareció perfecto. Al terminar mis estudios, me instalé en Yonago y empecé a trabajar como empleada en una biblioteca municipal. Diez años más tarde, me casé con Tetsuo mediante miai.»

El cocinero se alegró mucho al saber que su ciudad me gustaba tanto. Charlaba con nosotros haciendo gala de buen humor mientras preparaba sushi *sin descanso. Él y Tetsuo comparten muchos recuerdos. Pensé en mi amiga del colegio, Tami, que era mi confidente.*

Tami se instaló también en esta región. Vive en Matsue, donde se casó. No tiene hijos. Ella y su marido regentan una pescadería y parecen formar una pareja muy unida. Solía visitar a Tami con frecuencia, sola o con mis hijas, pero dejé de hacerlo cuando me quedé embarazada de Nobuki. Desde entonces solo nos enviamos tarjetas postales de vez en cuando, en Año Nuevo y en el Bon*.*

Hace treinta y seis años que vivo con Tetsuo. Tenemos la misma edad. Dejé de trabajar hace diez años. Mi marido se jubilará el año que viene. No estoy acostumbrada a tenerlo a mi lado todo el día. Me pregunto cómo podremos pasar el resto de nuestra vida. Ojalá que Nobuki no tarde mucho en casarse y podamos vivir todos juntos. No veo la hora de cuidar de mis nietos.

Al día siguiente me llevo el diario de mi madre al trabajo.

Es viernes. En la oficina, mi jefe me anuncia que en julio nos reuniremos con nuestro nuevo subcontratista en Matsue. Pienso en la pareja de amigos que mi madre menciona en el diario, que comenzó el día de su sexagésimo cuarto aniversario. Han pasado ya trece años. ¿Seguirán viviendo los pescaderos en esa ciudad? ¿Cómo se llama la tienda? ¿Existirá aún? Es posible que Anzu o nuestro padre lo recuerden, pero prefiero no preguntarles nada.

Hoy no he traído el *bento*. A mediodía me compro un sándwich de pollo, una ensalada y un café, y me los llevo a un parque público que queda cerca de nuestra empresa. El cielo está algo nublado. Sentado a una mesa de pícnic, prosigo la lectura mientras como.

Lunes, 30 de junio, llueve, 16:45 h. En casa.

Esta mañana he llamado a Anzu. Estoy preocupada por ella. Sospecho que su marido la engaña. Es una chica discreta y atenta. Desde pequeña, jamás se ha quejado para no molestar a sus padres. Le he preguntado: «¿Cómo va con la familia?». Ella me ha contestado: «Todo va bien, mamá. A mi hijo le encanta el colegio. Estoy muy ocupada con un nuevo proyecto. Voy a participar en un concurso regional este otoño». No mencionó a su marido.

La mayor, Kyoko, sigue soltera. Lleva nueve años viviendo en Tokio, donde trabaja para una empresa estadounidense. Pero es como si viviera en el extranjero, solo vuelve aquí dos veces al año: para Nochevieja y el Bon*. Es una joven brillante, sociable, dinámica y muy guapa. Debe de tener muchos admiradores, pero*

no nos presenta a nadie. Espero que algún día eche raíces con alguien estable.

Mis dos hijas tienen caracteres opuestos. Me siento más afín a Anzu. Kyoko es demasiado «inteligente» para mí. La gente se pregunta si de verdad son hermanas a pesar de lo mucho que se parecen físicamente. Han salido a su padre.

A Nobuki le va muy bien en su profesión. Es inteligente, afable y tranquilo. Mi marido se siente muy orgulloso de él. Lo traje al mundo a los cuarenta años. Nobuki Niré, 楡信樹, «olmo, árbol fiel». ¡Qué kanji *tan bonitos tiene ese nombre! Al igual que a mí, le apasiona la música clásica. Por lo demás, no tiene nada en común con su padre, son muy diferentes.*

Recuerdo el día en que me pidió que le comprara su primera guitarra. Fue poco después de que le regaláramos un cedé por su decimotercer aniversario. Se trataba del Concierto de Aranjuez *del maestro Rodrigo. Esa pieza le fascinó tanto que quiso tomar clases particulares. Me complació el entusiasmo que mostraba, pero a mi marido no. Es más, se resistió a aceptarlo.*

—En nuestra casa nadie toca ningún instrumento. Debe de ser un capricho.

—Los estudios no lo son todo —insistí—. Es importante tener un pasatiempo, sobre todo para un adolescente. Le protegerá de los problemas de la pubertad.

Al final, mi marido cedió con la condición de que Nobuki no descuidara sus deberes y de que también hiciera deporte. Enseguida encontré un guitarrista que me aconsejó sobre el instrumento que debía comprar. Nunca olvidaré la cara radiante de Nobuki. Se sumergió de inmediato en su nueva pasión. Era un alumno serio, sus estudios no me preocupaban.

Kyoko, Anzu y Nobuki. Anoto aquí sus edades: treinta y uno, veintinueve y veinticuatro años. Cada vez que alguien me pregunta por la edad de mis hijos, tardo un poco en responder.

El hecho de tener hijos sigue sorprendiéndome. Cuando era joven, me daba miedo la idea de dar a luz. Antes de que naciera Kyoko, tuve dos abortos espontáneos y creía que mi cuerpo no estaba preparado para traer un niño al mundo.

Interrumpo la lectura en este punto y me termino el sándwich y la ensalada.

Mientras me bebo el café, recuerdo aquella época. Sabía que a mi padre no le interesaba la música, y menos aún la clásica, y que mi madre eludía el tema delante de él. Yo me había preparado para el rechazo. Pensaba comprarme una guitarra barata con mi dinero de bolsillo y aprender por mi cuenta. Por eso me sorprendió que un día mi madre me dijera: «¡Papá está de acuerdo! Pronto empezarás a tomar clases particulares. Te anima también a hacer deporte». Parecía muy satisfecha. Susurro: «Mamá...».

Miro el reloj. Me quedan unos minutos. Me da tiempo a terminar las páginas dedicadas a ese día.

Me acuerdo perfectamente del nacimiento de Kyoko. El parto fue muy laborioso. Temía no conseguirlo, pero al final llegó una niña preciosa y llena de vida. La primera hija de la familia Niré. Mi marido y mis suegros se alegraron mucho, al igual que mis padres, que estaban en Shizuoka. Kyoko despertaba ya la admiración general. En el hospital, las enfermeras no dejaban de hablar de ella.

Anzu nació dos años después. Esa vez el parto fue más fácil. Era una niña pacífica, tranquila y sonriente. Tenía una expresión dulce que me serenaba. Mi marido y sus parientes, que deseaban que

fuera niño, se mostraron algo decepcionados, pero yo me sentía feliz de tener dos hijas. Como ya tenía treinta y cinco años, supuse que no vendrían más hijos.

Cinco años más tarde, nació Nobuki, el primer chico. Como es de suponer, su padre y sus abuelos paternos estaban entusiasmados. Fue un descuido. No había planificado ese embarazo. Trato de recordar el parto, pero se me ha borrado de la mente. Es como si no lo hubiera traído al mundo.

Cierro el diario. Tengo que volver al trabajo. Seguiré leyéndolo esta noche, en casa, si tengo tiempo. Mañana estaré ocupado: celebraremos el cumpleaños de mi madre en nuestra casa. Mientras recojo la mesa de pícnic, repito para mis adentros estas palabras: «Fue un descuido». La observación no me sorprende. Ella misma me lo dijo poco antes de mudarse a la residencia. En esa ocasión me explicó: «Tenía casi cuarenta años. Yo no quería tener un hijo a esa edad, ni niño ni niña».

Esta noche mi familia al completo cena en nuestra casa para celebrar el cumpleaños de mamá. Somos diez: mis padres, mi hermana y su marido, Ayako y yo, y los cuatro niños.

A eso de las seis llega el pedido de *sushi* que hemos encargado en nuestro restaurante favorito. Mi hermana y mi mujer acaban de preparar *chawan-mushi* y *yakitoris.* Todos están sentados a la mesa. Mi madre está callada. En su lugar, mi padre pronuncia unas palabras de agradecimiento y anuncia:

—El año que viene, los dos cumpliremos setenta y ocho años y celebraremos nuestras bodas de oro.

—¡Cincuenta años de matrimonio! —exclamamos al unísono.

Animados, empezamos a comer. Los niños tienen buen apetito, en especial Toru, mi sobrino, que ya va al instituto. Los *yakitoris* desaparecen volando. Mi padre ayuda a mi madre a ponerse una servilleta en el regazo. Luego le coloca un *chawan-mushi* delante y le quita con cuidado las colas a las gambas. Ella se lo agradece con educación: «Gracias, querido. Es usted muy amable». Mis padres se hablan de usted desde el verano pasado, cuando mi madre empezó a creer que mi padre y ella solo eran novios.

Luego probamos la tarta de frutas que ha preparado Ayako. Sobre el glaseado blanco hay un dibujo del monte Fuji y las palabras «¡Feliz cumpleaños, Fujiko-*san!».* Emocionada, mi madre le dice a su nuera: «Gracias, señora. Es muy bonita». Mi mujer le sirve un pedazo. Al probarlo, mi madre murmura: «Está deliciosa...». Mi padre le sirve una taza de té: «Todavía está caliente, cariño. Espera un poco». «Cuánto ha cambiado», pienso.

Después del postre, todos pasan al salón para escuchar el pequeño concierto que Ayako ha organizado. Para empezar, Toru saca un ukelele. No sabía que tocaba ese instrumento.

—Estoy aprendiendo por mi cuenta —nos dice orgulloso—. Voy a interpretar un *natsumero* con Suzuko. Se titula *El sombrero puntiagudo*.

Mi sobrino tararea la letra a la vez que rasga las cuerdas. El tempo resulta un poco lento, pero las notas son correctas. Al terminar la primera estrofa, Suzuko se une a su hermano. Mi madre mueve la cabeza y mi padre marca el ritmo. A continuación, la niña canta sola una canción que ha aprendido en la escuela. Tiene talento, los intervalos son perfectos y he de reconocer que tiene una voz muy bonita. Siempre me sorprende que se parezca tan poco a Kyoko. Sus rasgos son casi idénticos a los de su padre.

Luego llega el turno de mis hijas, que cantan acompañadas al piano por Ayako. Tienen sentido del ritmo. Sus voces resultan más agradables que cuando parlotean. Han ensayado de buena gana para su abuela.

—Tus hijas son iguales que tú, y lo mismo ocurrirá con tu tercer hijo, sea niño o niña —me susurra mi hermana. Después, anuncia con su marido—: Ahora tocaremos *El resplandor del sol poniente* con la armónica.

¿Con la armónica? La idea sorprende a todos. Toru y Suzuko se quedan boquiabiertos. Ni siquiera mi mujer estaba al tanto. La pareja comienza: «El cielo en llamas, cae la noche, suena la campana del templo de la montaña. Volvamos a casa cogidos de la mano, en compañía de los cuervos». Mi madre tararea. Percibo una tierna nostalgia en su mirada.

Llega mi turno. Agarro la guitarra e interpreto *Recuerdos de la Alhambra*. Es la primera vez que lo intento delante de mi familia. De

vez en cuando, miro a mi madre. Inmóvil, tiene la mirada fija en el instrumento. Mi padre pone una mano encima de la de ella.

Al final, cantamos *Semi,* la melodía que mi madre compuso cuando era joven.

Semi, semi, semi, ¿dónde te ocultas?
Después de tantos años bajo tierra,
solo te quedan unas semanas al aire libre.
¿Acaso añoras tu largo pasado en la oscuridad?

Mi madre canta alborozada y mi padre no le suelta la mano. Observo sus caras. Una pareja corriente de ancianos que han vivido juntos casi cincuenta años. Mi madre ha olvidado la época en que pensó seriamente en abandonar a mi padre, y ahora se muestra siempre serena a su lado.

La estación de las lluvias ha terminado por fin. El calor aprieta con ganas y las cigarras se oyen por todas partes. Las niñas están deseando que lleguen las vacaciones y siguen con sus actividades deportivas después del colegio. Mi mujer se encuentra bien. Acaba de entrar en el tercer mes de embarazo. Da clases de piano tanto en el instituto como en casa.

Veo a mi madre todas las semanas después del trabajo. Su estado no evoluciona. En cuanto a su diario, aún no lo he terminado. Ayer leí unas diez páginas sin prestar demasiada atención a los detalles. Después de las primeras confidencias, muy personales, solo anotaba trivialidades, como lo que había comido ese día o lo que había comprado. Nada especial para mí. Además, como su letra era menos firme que al principio, me costaba descifrar algunas palabras. Debía de estar cansada. Aun así, no me he saltado ninguna página, para asegurarme de que no paso por alto ningún pasaje importante.

Hace poco me nombraron jefe del departamento de ingeniería. Todo parece ir viento en popa bajo las órdenes del señor A., el director y fundador de la empresa. Si algo me gusta de mi trabajo es el respeto que la compañía demuestra por la vida privada del personal. No se organizan actividades fuera de la oficina, como viajes de placer, cenas, partidas de golf o de *mahjong*. Los empleados jóvenes asisten a clases nocturnas en el instituto o en la universidad. El señor A. los anima a estudiar y no les impone horas extras.

Es lunes. Esta tarde, mi jefe y yo vamos a reunirnos con el nuevo subcontratista en Matsue. Es la primera vez que viajamos juntos. Saldremos a mediodía en un coche de la empresa. Está nublado y el

calor es sofocante. La previsión meteorológica ha anunciado una tormenta a primera hora de la tarde.

Antes de ponernos en camino, almorzamos en un restaurante familiar próximo a nuestra oficina. Conozco bien el menú. Elijo mis platos favoritos: *hiyashi-chuka* y salteado de cerdo marinado con miso. El señor A. pide lo mismo. Relajados, conversamos sobre nuestros planes para las vacaciones de verano, que coinciden más o menos con el *Bon*. Ayako y yo tenemos pensado ir con nuestras hijas a Tottori para ver a mis suegros.

—Crecí en Matsue y viví allí hasta los veintidós años —me dice mi jefe.

—¿Ah, sí? Pensaba que era usted de aquí, igual que yo.

Entonces me explica que se licenció en Ingeniería Civil en la Universidad M, la misma a la que asistió Kyoko. Durante sus estudios, mi hermana nos invitaba a menudo a Anzu y a mí. Por aquel entonces, yo estaba en secundaria. Desde entonces, no he tenido ningún motivo para volver a esa ciudad.

—¿Así que nació usted en Matsue?

—Sí y no... —Qué respuesta tan extraña—. Soy huérfano —prosigue, vacilante.

Sorprendido, observo su cara bronceada.

—¿Es usted adoptado? —le pregunto.

El señor A. niega con la cabeza.

—No, viví en un orfanato hasta los dieciocho años. ¿Le importa si le cuento un poco mi vida?

—¡No, en absoluto!

Sonríe y continúa. Una pareja sin hijos dirigía el centro, y los huérfanos los llamaban «papá» y «mamá». Mi jefe terminó el bachillerato y la universidad a la vez que trabajaba los fines de

semana y durante las vacaciones. Ahora entiendo por qué prefiere contratar a jóvenes para que puedan proseguir sus estudios.

—¿El orfanato sigue existiendo?

—Sí. Los fundadores fallecieron hace unos años, pero ahora lo administran los antiguos residentes.

—¿En qué trabajó cuando era estudiante?

—Era pescadero. Un comercio contrataba a los niños del orfanato.

¿Pescadero?

—¿La tienda sigue abierta? —le pregunto.

—Sí, la pareja que la fundó sigue gestionándola. Tienen casi ochenta años. Admiro su energía, sobre todo la de la mujer. ¡Vivirá veinte años más!

Mi curiosidad se acrecienta.

—¿Cómo se llama?

—Tami D. Es muy conocida en el barrio.

¿Tami la pescadera? ¿Será la amiga de mi madre?

—Tampoco tienen hijos —añade el señor A.

—¿Quién los sucederá?

—Los empleados. De hecho, cuando terminé mis estudios, me propusieron dirigir el negocio con ellos. Rechacé su oferta, porque soñaba con fundar algún día una empresa de obras públicas.

En ese momento nos traen los platos. Mientras empezamos a comer el salteado de cerdo marinado con miso, mi jefe sigue hablando de los pescaderos, de quienes aprendió muchas cosas. Son unos trabajadores incansables y tienen sentido común en los negocios.

—La pareja celebraba el cumpleaños de todos sus empleados —dice—. La víspera preparaban los platos y al día siguiente, a mediodía, los degustábamos en la tienda. Cada vez que nacía un niño compraban un regalo para los jóvenes padres. Explicaban que

el dinero procedía de la donación que les había hecho una amiga que se llamaba Fujiko...

Lo interrumpo de inmediato.

—¿Sabe su apellido?

—No. ¿Por qué?

—Mi madre también se llama Fujiko.

—Debe de ser una coincidencia. Según Tami, esa amiga era una compañera de colegio de su ciudad natal, que está en la prefectura de Shizuoka.

¡Eso es! Todo encaja.

—¡Fujiko es mi madre! —exclamo—. Nació allí.

El señor A. me mira atónito.

—Dios mío, ¡qué pequeño es el mundo!

Es hora de irse. Matsue está a menos de cuarenta minutos en coche. Acostumbrado a la carretera, mi jefe se pone al volante. Me propone que vayamos a la pescadería después de nuestra cita. Acepto de buena gana.

Las nubes oscurecen aún más el cielo. Los dos confiamos en que no nos pille una tormenta.

En Matsue, la reunión con el subcontratista va como una seda. Al acabar, visitamos la pescadería, que está en las inmediaciones de la estación.

Mi jefe me presenta a los propietarios.

—Este es el señor Niré. Trabaja en mi empresa.

La pareja me recibe con gran cordialidad. Me dirijo enseguida a Tami D.

—Mi madre se llama Fujiko Niré y su apellido de soltera es Kajiyama. Es originaria de la prefectura de Shizuoka. Creo que eran ustedes amigas.

La mujer me mira asombrada. Le explico lo que mi jefe me ha contado hace un rato.

—Entonces, ¿es usted su tercer hijo, Nobuki?

—Exactamente, señora.

Abriendo mucho los ojos, me escruta durante unos instantes. Su marido también parece muy sorprendido.

—Qué pequeño es el mundo... —murmura.

Mi jefe asiente con la cabeza y le asegura que hasta hoy no sabía nada de la relación que nos une. Me entero de que la pareja está al corriente de la enfermedad de mi madre. Mi padre se lo contó hace unos años, cuando Tami llamó a la residencia.

El señor A. charla con el marido.

—¿Se acuerda de mis hermanas mayores? —le pregunto a Tami.

—Sí, muy bien. Se llaman Kyoko y Anzu, ¿verdad? Tu madre las traía a menudo aquí cuando iban al jardín de infancia. ¿Cómo están?

Le contesto que Anzu es ceramista y su marido, director de la sucursal local de la empresa farmacéutica T., que tienen un hijo que

va al instituto y una hija en primaria. Tami se queda consternada al enterarse de que Kyoko murió de cáncer hace seis años.

—Pobre..., era una niña tan mona y vivaracha... —susurra con lágrimas en los ojos.

Deduzco que Kyoko no fue a ver a la pareja mientras estudió en esta ciudad.

—¿Tiene hijos?

—Sí, dos niñas. El tercero nacerá en enero.

—Entonces Fujiko tendrá cinco nietos.

—Sí, pero ya no reconoce a nadie, salvo a mi padre. Eso sí, conserva muchos recuerdos de su infancia.

Añado que mi madre me considera un extraño y no parece sentirse cómoda conmigo. Tami me escucha en silencio.

—Me gustaría hablar con usted sobre su infancia —prosigo—. Si recuerda alguna anécdota de esa época, ¿le importaría contármela?

A modo de ejemplo, le menciono el perro y el gato que tenía mi madre.

—¡Me acuerdo de ellos! —exclama Tami—. Se llamaban *Shiro* y *Kuro,* eran unos animales abandonados.

Me cuenta cómo los encontró mi madre. Me impresiona lo precisa que es su memoria.

—Si tiene tiempo, le invito a tomar un café en la cafetería de al lado —me propone.

Su ofrecimiento me alegra. Le pregunto a mi jefe si no le importa que vaya, y él me responde que va a visitar el orfanato y que volverá en una hora. Le sugiero que regrese solo a Yonago, yo puedo volver en tren. Él acepta y se marcha. Llamo a mi mujer para avisarla de que esta noche llegaré tarde.

Al salir de la pescadería, nos sorprende un chaparrón.

Entramos en la cafetería de al lado. La camarera nos recibe con amabilidad. Tami me sugiere que tome un refresco a base de helado y fruta. Acepto. Cuando nos traen lo que hemos pedido, me dice:

—¡A la pequeña Kyoko le encantaba!

Yo no lo sabía. Con los ojos cerrados, junta las manos como si estuviera rezando por el alma de mi hermana. Luego empieza a hablarme de los años de infancia que compartió con mi madre.

—Fujiko y yo vivíamos en el mismo barrio. Cuando estábamos en primaria, jugábamos juntas casi todos los días después del colegio. En el tercer curso, íbamos a clase de *soroban* dos veces por semana en un centro comunitario. Eso duró un año. Fujiko era muy buena en cálculo y progresaba deprisa.

Tami continúa entusiasmada. En la escuela secundaria, pertenecían al club de manualidades y aprendieron a tejer. Anoto todo en mi pequeño cuaderno.

—¿Se acuerda usted de un chico apodado Gaku-*chan?*—le pregunto al cabo de un instante.

Tami se echa a reír.

—¿Fujiko le ha hablado de él?

—No, a mí no, pero a mis hijas sí.

Me lo describe igual que hizo mi madre: era un alumno simpático e inteligente, al que todos estimaban.

—Gaku-*chan* también era guapo y encantador —añade con una sonrisa pícara—. Las dos estábamos enamoradas de él, igual que el resto de las chicas. —Su expresión se vuelve tierna e infantil. Por un momento, olvido la edad que tiene. Añade—: Lo respetaban mucho, fue presidente de la asociación de alumnos en la escuela primaria y

también en la secundaria. Los profesores tenían confianza plena en él.

—¿Tenía la misma edad que usted?

—No, cuatro años más. Cuando acabó secundaria, decidió ir a un instituto en Hamamatsu y luego a una universidad en Tokio. Decían que estaba estudiando música clásica y que rara vez volvía a Shizuoka.

Sus ojos brillan aún más. Mientras observo su rostro luminoso, siento que recupero mi juventud.

—Fujiko y yo fuimos a institutos diferentes, pero no perdimos el contacto, hablábamos a menudo —prosigue—. Cuando estábamos en primero, un día me contó que pensaba hacer algo atrevido. ¡Quería escribirle a Gaku-*chan* una carta de amor!

—¿Mi madre? ¿Una carta de amor? —El hecho me asombra. Reflexiono y continúo—: Pero en aquella época él ya vivía en Tokio.

—¡Exacto! Fujiko me enseñó el mensaje para asegurarse de que el contenido no fuera demasiado vergonzoso.

—¿Sabía su dirección?

—No. La envió a casa de sus padres, que vivían en un barrio próximo al nuestro. No firmó con su nombre, porque solo quería que supiera que lo admiraba.

—¿Recuerda lo que le escribió?

—Sí, más o menos. Era algo así como:

Querido Gaku-chan:

Una vez, cuando tenía ocho años, te escuché tocar el piano en el gran salón de nuestra escuela. Yo estaba en segundo curso y tú en sexto. No conocía el nombre de la pieza, pero, deslumbrada por su belleza y por la manera en que la interpretabas, me entraron ganas de llorar. Desde entonces, soy tu admiradora secreta...

—Qué bonito —digo—. Mi madre no toca ningún instrumento, pero le gusta mucho la música clásica.

Tami asiente con la cabeza. Luego me explica por qué los alumnos lo apodaron Gaku-*chan: «gaku»* deriva de la palabra *«ongaku»,* que significa «música». Me cuenta otras anécdotas sobre él. La escucho con interés.

—Debía de ser un chico muy especial.

—¡Desde luego!

Tami me escruta, igual que hizo cuando nos presentaron. Me siento un poco incómodo.

—Se parece un poco a ese chico —me dice de repente—. Podría hacerse pasar por él delante de su madre.

Me echo a reír.

—¡Menudo disparate!

Sigue lloviendo. Volvemos a la pescadería.

Observo el mostrador: todo parece muy fresco y los precios son más que razonables. Compro dos doradas rojas, almejas y *kamaboko,* que a mis hijas les encanta. El marido lo pone todo en una caja de poliestireno con hielo. Tami me presta un paraguas. Les prometo regresar dentro de un mes, cuando visite de nuevo a nuestro subcontratista.

Cojo un tren rápido y llego a la estación de Yonago en menos de treinta minutos. Una vez allí, subo al autobús que me lleva directo a mi barrio. Cuando me apeo, ha dejado de llover y voy a pie hasta casa.

Ha sido una tarde enriquecedora. Las revelaciones de mi jefe sobre su infancia en el restaurante, el encuentro con el nuevo subcontratista en Matsue, la conversación con Tami sobre mi madre... Todavía me sorprende la coincidencia, el estrecho vínculo que une a la pareja de pescaderos con mi jefe.

Tami también trabaja como voluntaria en una residencia. «Escuche a su madre con respeto. Cuando le hable, póngase a su altura, sonría, tóquele con delicadeza los brazos o las manos. No intente corregir lo que dice...», me ha aconsejado. Así es como me comporto, tal y como recomiendan los cuidadores de la residencia de mis padres. «Procure que camine. Si no, la enfermedad empeorará rápidamente y acabará postrada en la cama el resto de su vida», ha recalcado Tami. Tiene toda la razón. Tengo que animar a mi madre a moverse sola. Espero que acabe confiando en mí como confía en mi padre y mi hermana.

Entro en casa. Las niñas están jugando al ping-pong en el patio trasero. Se alegran al ver el *kamaboko*. Mi mujer está lavando el arroz. Encantada con las doradas y las almejas frescas, se pone enseguida a prepararlas.

—Cariño, este pescado es símbolo de felicidad. ¿Tenemos algo que celebrar?

—Sí, que estás embarazada de tres meses.

—En ese caso, celebremos los tres meses.

Luego me pregunta si todo ha ido bien en Matsue. Le explico por encima la conversación que hemos tenido con el subcontratista y le digo que a partir de ahora iré solo. De paso, le comento que mi jefe pasó la infancia en un orfanato. El hecho la sorprende.

—¿Sabe quiénes son sus padres?

—No. Lo encontraron delante de la puerta del centro.

—Debe de haber tenido una vida dura.

—Sí y no.

—¿Qué significa eso, sí y no?

—Es una persona increíblemente positiva —afirmo—. Cuando le he preguntado si de niño eso le hacía sufrir, o si le enfadaba, me ha respondido: «Nunca he tenido resentimiento hacia nadie. Esa pareja me crio con mucho cariño y me apoyó mucho. Fueron mis verdaderos padres. Mi madre biológica debió de tener sus razones para abandonarme. Es triste, pero le agradezco que me dejara en el orfanato. Si me lamento de mi suerte, el cielo me castigará».

—Esa respuesta dice mucho de su carácter —comenta mi mujer conmovida—. Me recuerda a tu sobrina.

—¿Suzuko?

Ayako me repite lo que mi hermana me contó el otro día sobre su hija: cuando un compañero de clase se compadeció de ella por no tener madre, Suzuko le respondió que era feliz con sus dos madres

verdaderas, a las que ella misma había elegido. Sonrío al mismo tiempo que me pregunto quién le habrá metido esa idea en la cabeza.

La cena está lista. Huele de maravilla. Disfrutamos de las doradas rojas a la parrilla y de la sopa clara de almejas. Es un auténtico festín. Las niñas comen varias rodajas de *kamaboko*. Hablan animadamente del colegio y de las actividades deportivas que realizan. Pienso en nuestro futuro hijo con la esperanza de que sea niño. En caso de que sea así, ¿qué nombre irá bien con el apellido Niré?

—Por cierto, ¿de quién es ese paraguas negro con el que has venido? —me pregunta mi esposa.

Le respondo que me lo ha prestado el pescadero y que se lo devolveré la próxima vez que visite Matsue. Ella me sugiere que le compre más pescado.

—¡Sí, papá, mucho *kamaboko!*—añaden las niñas.

Vuelvo a ver la imagen de Tami, activa y alegre. Cuesta imaginar que tiene la misma edad que mis padres. Me ha contado la historia del niño apodado Gaku-*chan* con una expresión infantil en la cara. Su cuerpo habrá envejecido, pero su espíritu sigue siendo joven. Me gusta mucho esa mujer.

De postre tomamos fruta. Ayako pela con destreza una gran manzana roja. Las niñas observan cómo se va alargando la piel sin romperse. Su madre les cuenta algunos recuerdos de su infancia: las salidas en familia para coger uvas y peras en un huerto. Las niñas le preguntan cómo se divertía con sus compañeros en el colegio. Ayako les explica varias anécdotas que yo oigo por primera vez.

Pienso en mi madre. Decido que esta noche seguiré leyendo su diario.

Toco la guitarra media hora en mi estudio. Luego retomo el diario de mi madre y lo abro por donde dejé el marcapáginas.

Las breves descripciones de sus compras y de los platos que prepara se prolongan durante varias semanas más. Las notas son cada vez más esporádicas. Hay meses en los que no escribe nada. Sigue sin indicar los años. Pero después vuelven las páginas densas de contenido.

Viernes, 25 de julio, nublado. En casa.

Son las tres de la tarde. A mediodía he tomado el menú de salmón a la parrilla, mi pescado favorito, con un chawan-mushi y una ensalada de tomates. Todo estaba exquisito. ¿Y para desayunar? Ah, sí, una tortilla de espinacas, hijiki, sopa de miso y arroz. ¿Y para cenar ayer? No lo sé. Rebusco en mi memoria, pero no recuerdo nada.

Todos los días anoto en el calendario los nombres de las personas con las que me he encontrado o con las que he hablado por teléfono. Pero cuando releo lo que he apuntado más tarde, no me acuerdo de nada. Es un vacío inquietante. Hace dos meses que nos instalamos en esta residencia.

Aquí todos son muy amables. En particular, la enfermera Y. Me trata con mucho respeto, jamás se dirige a mí como si fuera una enferma. Mi memoria se va difuminando poco a poco, en cambio, mi sensibilidad aumenta. Confío en que no cambie mi personalidad.

Y. me inspira confianza, intento seguir sus consejos. Para estimularme me dice: «No deje de hacer lo que le gusta, tejer, por ejemplo. No se fuerce a participar en las actividades en grupo que organiza la residencia. Aquí no hay nada obligatorio. Solo le recomiendo que haga ejercicio con regularidad». Le gusta que lleve un diario. Me promete que no se lo dirá a nadie, ni siquiera a Tetsuo.

Sea como fuere, todo me parece mucho mejor que antes. Me estimula conocer a otras personas y participar en los talleres. No soy especialmente sociable, pero me gusta ver gente de vez en cuando. Mi marido prefiere leer a salir o charlar conmigo. No le interesa la música clásica y yo evito el tema.

Nobuki tenía razón cuando se empeñó en que ingresáramos en una residencia. Sabía que yo no tenía muy claro si quería seguir viviendo sola con su padre. En todo caso, no estaba seguro de que el divorcio fuera una buena solución a nuestra edad. Me repetía que debíamos encontrar algo que nos divirtiera compartir. Sus palabras me entristecían. Me dio a entender que me faltaba el cariño de mi marido. Incluso llegó a proponerme: «Mamá, si no eres capaz de hablar con papá, puedo decírselo yo».

Falta de cariño... No imaginaba que ese pudiera ser mi problema.

Lunes, 28 de julio, soleado. En casa.

Me doy cuenta de que no he abierto el diario desde hace tres días. Esta mañana, mi marido y yo hemos asistido al club de gimnasia. Me ha sentado bien. Después, él se ha ido solo a la biblioteca municipal que hay cerca de la residencia.

Estoy en el balcón. Hace calor y humedad, pero a la sombra se está bastante bien. El canto de las cigarras me gusta mucho y

siempre me evoca mi infancia. Susurro la canción que escribí cuando era joven. Es evidente que aún la tengo grabada en la memoria. «Semi, semi, semi, *¿dónde te ocultas? Después de tantos años bajo tierra...». Me viene a la cabeza el atractivo rostro de Gaku-*chan*.*

Hace un rato he visto en la televisión a una niña de tres años que le contaba a su madre cómo se sentía cuando estaba en su barriga. Mientras dibujaba, la niña rememoraba por qué la había elegido. No recuerdo los detalles. Un mundo espiritual. ¿Quién sabe si es verdad o no? Sea como fuere, me pregunto por qué tuve dos abortos espontáneos, por qué los primeros hijos se negaron a venir al mundo, a diferencia de los tres siguientes.

Kyoko, Anzu y Nobuki. Sus caracteres no se parecen en nada. Kyoko y Anzu son como el sol y la luna. En cuanto a Nobuki, está a caballo entre sus dos hermanas. En cualquier caso, todos tienen algo en común: un marcado espíritu de independencia.

Martes, 29 de julio, soleado. En casa.

Me he enterado de que la enfermera Y. es viuda y de que está criando sola a sus dos hijos adolescentes. Es tres años mayor que Kyoko. Una mujer que ejerce una profesión, igual que mis hijas. Parece una persona fuerte y madura. Cuando hablo con ella, me olvido por completo de la edad que tiene.

Hace un rato, le conté la historia de la niña de tres años que vi ayer en televisión. Y. no confirmó ni desmintió que la pequeña pudiera tener recuerdos previos a su nacimiento, pero me confesó que lamentaba no haber tenido tiempo suficiente para escuchar a sus hijos cuando eran pequeños. Me pregunto si yo, que era ama de casa, presté suficiente atención a mis hijos.

Me detengo aquí. Mi madre continuó escribiendo su diario en la residencia. Pero ¿por qué estaba el cuaderno en el escritorio que yo usaba cuando era niño? La casa de mis padres estuvo vacía unos meses. Luego, Kyoko, que ya estaba enferma, y su prometido, Yuji, se instalaron en ella. Un año después de la muerte de Kyoko, Anzu y Yuji se casaron y compraron la casa, cuyo trastero seguía intacto. Quizá mi madre «escondió» el diario en mi viejo escritorio cuando la visitó. Pero ¿por qué eligió justo ese mueble?

Son las cinco menos diez. Ordeno los papeles antes de salir de la oficina.

Es jueves, el día que mis hijas tienen clase de kárate. Suelo ser yo quien las recoge después del trabajo, pero esta noche lo hará mi mujer, porque quiere asistir al entrenamiento. Decido ir a ver a mis padres antes de volver a casa.

Llego a la residencia a eso de las cinco y veinte. En la recepción, un empleado me dice que mis padres han salido a dar un paseo y que volverán a la hora de cenar. Supongo que estarán en el parque de siempre, no muy lejos de aquí. Me acerco hasta allí con el coche.

Entro a pie en el parque público rodeado de grandes árboles. Las cigarras cantan: cri, cri, cri... Deben de ser las *higurashi*. Mi madre me enseñó ese nombre cuando yo iba al colegio. Bordeo el estanque adornado con una fuente. Enseguida los veo. Mi padre está leyendo sentado en un banco a la sombra de un olmo. Mi madre, en la silla de ruedas, mira los patos salvajes.

Sorprendido de verme allí, mi padre me invita a unirme a ellos.

—Siéntate, Nobuki.

—Gracias, pero me gustaría hablar con mamá.

—Espero que hoy te reciba con amabilidad. ¡Buena suerte! —dice para animarme.

Me acerco a ella.

—Buenos días, Fujiko-*san*—la saludo con dulzura.

Mi madre vuelve la cabeza hacia mí. Me agacho al lado de la silla de ruedas.

—¿Nos conocemos? —me pregunta.

—Usted no me conoce, pero yo a usted sí —le contesto con calma —. Soy un amigo de Tami.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, trata de que corrobore lo que acabo de decirle.

—¿De verdad es usted amigo de Tami?

—Sí, señora. El otro día la vi en la pescadería de Matsue.

—Pescadería... Matsue... —murmura, y luego enmudece.

¿Comprenderá todavía lo que le estoy contando?

—Hablamos del perro y del gato que salvaron ustedes —prosigo—. Se llamaban *Shiro* y *Kuro,* ¿verdad? —La expresión de mi madre se dulcifica. Añado—: También hablamos de Gaku-*chan*.

—¡Gaku-*chan!* ¿Cómo lo conoce? —exclama de repente.

—Estudiamos en el mismo instituto, en Hamamatsu —miento.

Mi madre se queda pensativa.

—Gaku-*chan...,* instituto, Hamamatsu... —repite.

Su mirada se llena de nostalgia. Por lo visto, recuerda el nombre de la ciudad. Permanezco agachado, dando la espalda a mi padre. Tras intercambiar algunas palabras más con mi madre, le propongo:

—¿Le apetece dar una vuelta alrededor del estanque? Voy a avisar a su marido.

Ella asiente esbozando una leve sonrisa.

—Con mucho gusto, señor.

¡Ha aceptado! Vuelvo al lado de mi padre.

—*Oyaji,* voy a dar una vuelta corta con *ofukuro*.

Las palabras me salen sin pensar; he dicho *«oyaji»* y *«ofukuro»* en lugar de «papá» y «mamá». Es la primera vez que las uso delante de él. Me sorprende, tengo la impresión de haberme convertido en un hombre adulto de repente. Mi padre me mira intrigado.

—Hoy me estás dejando impresionado —me felicita—. ¡Disfrutad del paseo!

Me acerco de nuevo a mi madre.

—¡Vamos, Fujiko-*san!*

Empujo con cuidado la silla de ruedas. Avanzamos por el camino que bordea el estanque. Cri, cri, cri..., cantan las cigarras. En silencio, mi madre contempla la fuente, los árboles, las flores, el cielo. A pesar de que no puedo verle la cara y de que no le hablo, siento paz y armonía.

Cuánto tiempo he tardado en conseguir algo tan sencillo. En el fondo, estaba enfadado con ella. La acusaba en silencio: «¿Cómo es posible que alguien pueda olvidar que tenía un hijo?». Pero ahora me doy cuenta de que mi madre tenía razón cuando se negaba a abrirse a mí. En cambio, Anzu se ha adaptado con mucha naturalidad a la enfermedad y no ha tenido ningún problema con ella, ni siquiera al principio. Según mi hermana, nuestro padre también vivió momentos difíciles hasta que logró ganarse por completo la confianza de su mujer.

—¡Señor!

—Sí, Fujiko-*san*.

—Pare aquí, por favor.

Señala hacia la izquierda. Advierto los girasoles, que han florecido antes que otros años. Me llegan a la altura del pecho. Veo los pequeños pétalos amarillos y los pistilos aún verdes. Al estar sentada, mi madre no puede verlos bien.

—Señor, por favor —me llama.

Me pide que me ponga delante de ella. Me inclino para quedar a su altura.

—Sí, Fujiko-*san*.

Para mi sorpresa, me agarra las manos con fuerza e intenta levantarse. Su gesto es tan espontáneo que no puedo creer lo que

ven mis ojos. La ayudo a ponerse de pie. Luego se encamina torpemente hacia los girasoles.

¡Puede andar! Examina los pétalos, los pistilos, las hojas grandes, los tallos robustos.

—¡Qué maravilla! Me encanta esta flor, simboliza el verano, igual que las cigarras.

Ya estamos a finales de octubre. Las hojas se tiñen de rojo. No hace calor ni frío. Junto con mayo, este es mi mes favorito.

Todo parece ir bien en casa. Las niñas practican kárate con verdadero entusiasmo y sueñan con seguir los pasos de su primo Toru, que es el campeón de la prefectura. Ayako no ha tenido ningún problema de salud. A estas alturas luce una notable barriga. El parto está previsto para mediados de enero. Ya ha anunciado que se tomará la baja por maternidad en diciembre.

Voy a clase de guitarra con regularidad. El próximo mes de abril tocaré en el concierto que dará una orquesta de aficionados. Para mi programa he elegido *Juegos prohibidos* y *Recuerdos de la Alhambra*. Como son dos solos, me basta con ir al último ensayo.

Trabajo mucho. La relación profesional con mi jefe es más estrecha desde que me ascendieron. Tampoco tengo problemas con mis compañeros. Dado que los resultados de la empresa están mejorando, vamos a contratar a tres ingenieros civiles nuevos y yo me encargaré de formarlos.

Desde el pasado mes de agosto, voy dos veces al mes por mi cuenta a ver a nuestro subcontratista de Matsue. Es una oportunidad para pasar por la pescadería y conversar con Tami y su marido. Tami se alegra de que la relación con mi madre se esté restableciendo y de que ella esté intentando volver a caminar. Y todo gracias a su amiga de la infancia. Cada vez que los visito compro pescado, *kamaboko* y otros productos que me recomienda su marido. Mi mujer y nuestras hijas los adoran. En primavera presentaré a la pareja a mi pequeña familia y al recién nacido.

Mi madre y yo salimos a pasear ahora una vez por semana, cuando salgo del trabajo. La llevo en la silla de ruedas al jardín de la residencia. Allí, camina lentamente entre los parterres, agarrada a mi brazo. Aunque no ha dejado de llamarme «señor», ahora lo dice con afecto. Lo que cuenta es su paz interior, como me repite mi hermana desde el comienzo de la enfermedad. Anzu tiene razón. La ira y la frustración que sentía han desaparecido, de manera que ahora me siento más ligero y mi madre me recibe sin tensión. Canta *El resplandor del sol poniente,* que Anzu y su marido tocaron con la armónica en su fiesta de cumpleaños. «El cielo en llamas, cae la noche... Volvamos a casa cogidos de la mano...» Tami me explica que las personas que padecen alzhéimer sienten una gran añoranza de la infancia, que perciben como una época feliz. Llegan incluso a decir que quieren ir a casa estando ya en ella. Me pregunto qué lugar será el que mi madre considere su hogar.

En lo tocante a su diario, aún no he terminado de leerlo. Estoy muy ocupado y no he vuelto a abrirlo desde julio pasado. Lo retomaré uno de estos días.

El tiempo vuela. El año que viene cumpliré treinta y ocho años. Mis padres cumplirán los setenta y ocho y celebrarán sus bodas de oro. Mi madre seguirá sin duda viva cuando nazca mi tercer hijo. Espero que lo reciba con alegría. El bebé de ese conocido suyo al que ella llama «señor».

Mi amigo S. me llama por teléfono casi seis meses después de que nos viéramos en la playa. Ese día estaba muy preocupado por sus padres, porque la residencia donde estaban ingresados había quebrado. Se va a quedar dos días en nuestra ciudad por motivos profesionales. Es viernes. Lo invitamos a cenar. Encantado, se reúne con nosotros a eso de las seis. Parece muy relajado.

Después de cenar, mi amigo y yo tomamos el té en el patio trasero, donde mis hijas juegan al ping-pong. Empieza a contarme lo que sucedió después de la quiebra. Al final, una nueva empresa adquirió la residencia. S. sonríe.

—Mis padres consiguieron recuperar su patrimonio y, como solo habían vivido allí tres años, era una suma importante.

—¡Qué alivio debió de ser para ellos! ¿Dónde viven ahora?

—En Tottori. Han comprado una casa en el centro de la ciudad.

Su respuesta me sorprende. Pensaba que irían a otra residencia. Tienen alrededor de setenta años, son más jóvenes que mis padres, pero, aun así, no imaginaba que lo solucionarían de esa manera.

—Lo cierto es que mi madre se aburría en esa residencia de lujo —continúa mi amigo—. Quería volver a tener una vida activa como la de antes. Ya sabes el carácter tan fuerte que tiene.

—Se puede ser activo en cualquier parte... —apunto.

—Sí, pero las residencias de ancianos suelen estar en lugares tranquilos, lejos de los barrios más animados. Se sentía aislada del mundo. Además, ella y mi padre todavía gozan de buena salud.

—¿Se arrepintieron de haber vendido su casa? —le pregunto pensando en mis padres.

—Por supuesto que sí, pero ya era demasiado tarde. Tienen que acostumbrarse al nuevo vecindario. Después de todo, quieren vivir y morir en casa. Lo entiendo.

—¿Quién cuidará de ellos más adelante? ¿Tú o tu hermana?

—Ninguno de los dos. Recurrirán a los cuidados a domicilio. Ya han contratado a una asistenta.

Pienso en la casa que construyó mi abuelo. Mi padre dudó mucho antes de dejarla. Eso todavía me entristece. Mi amigo vuelve a mostrarse de buen humor.

—A decir verdad, tras la quiebra, mis padres se informaron sobre varias residencias de la región. Durante la visita de una que está en Matsue, vieron a una señora mucho mayor que ellos trabajando como voluntaria. Para su sorpresa, la anciana y su marido regentaban además una pescadería que tenía muchos empleados. Fue entonces cuando se replantearon el futuro.

Me quedo boquiabierto. ¡Se trata de Tami! Qué placer oír hablar de ella, sobre todo a mi amigo. Se lo diré. Seguro que esta coincidencia le encantará.

Luego S. y yo charlamos sobre los conocidos que tenemos en común.

Menciono a M., nuestro compañero de instituto.

—M. creía que yo era un niño adoptado. ¿Hablaste alguna vez con él sobre eso?

—Sí, Nobuki. Al final supo la verdad.

—¿Cómo reaccionó?

—Dijo: «¿Ah, sí?». Eso es todo. Casi había olvidado el malentendido.

—Tuve una pesadilla —le confieso avergonzado.

—¿Una pesadilla?

—Sí, soñé que M. se burlaba de mí en clase insinuando que yo era adoptado. Entonces le llevaba una copia de mi *koseki* para demostrarle que era hijo biológico de mis padres, pero, cuando M. miraba el documento, ¡mi nombre había desaparecido! Me quedé aterrado.

—¡Perdóname por haber creído ese rumor! —exclama S.

—No te preocupes —contesto sonriendo con amargura.

Mi amigo calla unos segundos, y luego vuelve a hablarme de mi madre.

—La verdad es que yo la quería mucho, y te envidiaba, porque siempre era cariñosa contigo. Ella no se acordará de mí, pero a mí se me quedó grabada en la memoria su ternura, además de los deliciosos *onigiri* que cocinaba.

Lo escucho en silencio. De niño, me parecía normal ver a mi madre en casa. Tras regresar del colegio, me daba la merienda que acababa de preparar. Creía que en casa de mis compañeros sucedía lo mismo.

—¿Cómo está ahora? —me pregunta S.

Le cuento algunos detalles que le sorprenden.

—¿Vuelve a andar? ¡Menudo progreso!

Cuando terminamos el té, S. juega un partido de ping-pong con mis hijas y después regresa al hotel donde se aloja. Voy a mi estudio y toco la guitarra una media hora. Después, retomo la lectura del diario de mi madre.

Domingo, 3 de agosto, soleado, 15 h. En casa.

Hace demasiado calor para salir. Me quedo en nuestra habitación. Mi marido está jugando al shogi con un amigo en la sala común.

Esta mañana he llamado a Kyoko para preguntarle si pensaba venir a casa durante el Bon*. Me ha respondido: «No, mamá. Ya fui en mayo con mi prometido. ¿Te has olvidado?». Era cierto, pero el tono acusador con el que lo ha dicho me ha molestado. Mientras buscaba las palabras adecuadas para responderle, ella se ha despedido de forma brusca: «En este momento estoy muy ocupada, mamá. Adiós». Entonces he recordado que estaba embarazada de cuatro meses. ¿Cómo he podido olvidarme de algo tan importante? El niño nacerá en enero. ¿Dará a luz en Tokio? En ese caso, tendré que ir allí para ayudarla.*

La gente admira la belleza y el dinamismo de Kyoko, pero a mí no me gusta cómo se dirige a mí, que soy su madre. Su tono es seco y frío. Cada vez que intento hablar con ella, me arrepiento. Eso me hace comprender que soy más sensible y vulnerable que antes. Pienso en mis difuntos padres. Jamás los traté de esa manera. Kyoko es muy diferente de Anzu y Nobuki. Me pregunto si se dulcificará cuando nazca su hijo. Espero que sí...

Tengo miedo. Si el alzhéimer empeora, ¿cómo me comportaré con mi marido y nuestros hijos, sobre todo con Kyoko? Conozco el terrible caso de una vecina que padece la misma enfermedad. Insulta a su hijo: «¡Eres feo, estúpido, malo! Te pareces a tu padre. ¡Vete! ¡Te odio!». Antes se la consideraba una madre afable y cariñosa. ¿Será que ha salido a la luz su verdadero carácter?

Llegado a este punto, hago una pausa. «¿Nos conocemos, señor?» Mi madre pronunció esas palabras a la vez que me escrutaba la cara. Es verdad que esa vecina insulta a su hijo, pero al menos él sigue estando presente en su memoria. ¿Preferiría que mi madre me tratara así, en lugar de dirigirse a mí como si fuera un extraño que la trata con cordialidad? La verdad es que no lo sé.

Me doy cuenta de que anota lo que piensa sobre mis hermanas y sobre mí, pero muy poco sobre nuestro padre. Y apenas nada sobre mis abuelos paternos, a quienes cuidó hasta el final. El diario comienza unos años antes de que mis padres se instalaran en la residencia, cuando tenía ya los primeros síntomas de alzhéimer. Algo no encaja. Sigo leyendo.

Domingo, 10 de agosto, lluvioso. En el café B.

Me pregunto si alguien leerá este diario después de mi muerte. ¿Mis hijos o mi marido, en caso de que aún esté vivo? ¿Sería mejor quemarlo mientras aún estoy consciente? Me domino para no escribir nada ofensivo.

En cualquier caso, este diario es mi único confidente. Antes de que mi memoria se borre quiero confesarle el secreto que guardo desde hace treinta años. Para ser más precisa, desde hace treinta y uno...

¿Un secreto? ¿De qué se trata? Dudo en pasar la página, porque siento un vago temor. Ese pasaje fue escrito tres meses después de que Kyoko nos visitara con su prometido, Yuji. Mi hermana acababa de cumplir treinta y siete años y habíamos celebrado su cumpleaños en casa de mis padres. Eso significa que ese año yo tenía treinta. ¿Qué ocurrió un año antes de que yo naciera? Intrigado, paso por fin la página y, a medida que avanzo, empiezo a temblar conmocionado.

Suelo tener una pesadilla en la que aparecen mis suegros. El padre de mi marido falleció cuando Nobuki tenía nueve años, y su madre, al año siguiente. De eso hace ya dos décadas. Aun así, y a pesar de que daría lo que fuera por borrar su recuerdo, siguen vivos en mi memoria. Es curioso: el alzhéimer no consigue eliminarlos del todo.

En mi sueño, los dos me acusan a la vez: «Sabemos la verdad, Fujiko. Has engañado a tu marido, nuestro único hijo. Nobuki no es suyo. No es el heredero de la familia Niré». A veces lloro al mismo tiempo que les pido perdón: «Fue un accidente. No volverá a suceder. Les ruego que acepten a Nobuki como su verdadero nieto». A veces les grito: «¡Fue Tetsuo el que me traicionó con otra mujer! ¿Acaso no lo saben? No tienen ningún derecho a culparme». Mis suegros se estremecen.

En realidad, ellos no me acusaron de esa forma ni yo los afronté así, pero sabían que Nobuki no era hijo de Tetsuo y que este me era infiel. Mi marido tuvo una aventura con su antigua novia durante un año, hasta que me quedé embarazada.

Cuando Nobuki tenía tres años, mi suegra empezó a sospechar de él.

Un día, mientras plantaba flores con ella en nuestro jardín, Nobuki jugaba solo recogiendo piedras. Cantaba una canción infantil con una voz cristalina. Me impresionaba cómo seguía el ritmo y afinaba. Llena de orgullo, yo lo seguía tarareando. En cierto momento, me volví hacia mi suegra para decirle algo y me di cuenta de que estaba observando a Nobuki sin sonreír, con mirada sombría. Nunca la había visto tan tensa. Susurró: «Nobuki es diferente de sus hermanas... No se parece a su padre...». Sus palabras me conmocionaron. Comprendí que mi suegra había descubierto «mi secreto».

Fue un incidente. Una relación de una noche. No había planeado tener un hijo con ese hombre, pero, por desgracia, ¡me quedé embarazada! Le mentí a Tetsuo sobre la fecha de la concepción. Él me creyó. Es probable que por eso rompiera con su amante. La alegría que le dio tener por fin un chico fue inmensa. De hecho, quería a Nobuki mucho más que a sus hermanas.

Mis suegros presentaban con orgullo a su primer nieto a nuestros vecinos y amigos. Cuidaban de él encantados, pero, después de lo sucedido en el jardín, todo cambió. No se lo contaron a nadie. ¿Acaso creían que era por el bien del pequeño, de mi marido, de la familia Niré? Por otra parte, me elogiaban delante de todo el mundo, presentándome como una mujer fiel y entregada. Puede que no quisieran exponerse al escarnio ajeno.

Son las diez de la noche. Ayako se va a la cama. Pero yo, profundamente turbado por las revelaciones de mi madre, no tengo nada de sueño. Por suerte, mañana es sábado y no hemos planeado nada especial. Me doy un baño para serenarme.

¿Qué es toda esa historia? Nuestros padres se engañaron el uno al otro. El hombre al que he considerado mi padre durante toda mi vida no lo es en realidad. Anzu y Kyoko son, por tanto, mis hermanastras. Y mis abuelos paternos estaban enterados de todo... En cualquier caso, esa historia ya no atormenta a mi madre, ya que en su memoria he dejado de ser su hijo. ¿Recordará aún a «ese hombre» con el que pasó una noche, a «mi padre biológico»?

No dejo de darle vueltas. Mi padre, Tetsuo Niré, ¿desconoce el secreto que rodea mi nacimiento? Desde que tengo uso de razón, no me ha tratado ni hablado con resentimiento. «Nobuki, el ojito derecho de papá», así me llamaban mis hermanas. Nuestra relación sigue siendo sólida y, cuando hay que tratar algún asunto familiar, soy el primero al que consulta. ¿Cómo reaccionaría si se enterara de que no soy su hijo biológico?

En cuanto a «mis abuelos», por fin he comprendido por qué no aparecen en mi álbum desde que cumplí tres años. De hecho, no recuerdo haber pasado tiempo con ellos. Mi abuelo ni siquiera me invitaba a su cabaña con la excusa de que aún era pequeño. Al fin y al cabo, era natural que no quisiera que yo heredara lo que había construido con sus propias manos.

Pienso en mis hermanas. Tengo la impresión de que Anzu no sabe nada. En cuanto a Kyoko, no estoy tan seguro. Vuelvo a pensar en

las palabras de apoyo que me dijo cuando me negué a irme a vivir con nuestros padres.

«Mamá...», susurro. Tuvo una aventura de una sola noche y me concibió sin querer. Fingió en todo momento que yo era hijo de su marido. ¿Nunca se le pasó por la cabeza que la verdad podía descubrirse con una sencilla prueba de ADN?

Mi madre engañó a mi padre, quien, a su vez, la engañaba a ella. Curiosamente, en mis labios se dibuja una leve sonrisa.

Al día siguiente, me despierto a las diez. Las niñas están ordenando sus dormitorios. Bajo a la cocina, donde Ayako prepara ya el desayuno.

—¿Qué hiciste ayer hasta tan tarde? —me pregunta—. ¿Has dormido bien?

Bostezo.

—Nada especial. Después de tocar la guitarra, me relajé en la bañera.

Hace un día soleado. Mi mujer me propone que salgamos esta tarde a contemplar los colores del otoño y que cenemos en nuestro restaurante habitual. Acepto. Ayako bate los huevos. Me acerco por detrás y la abrazo. Ella me sonríe con ternura. Acaricio su barriga redondeada. Hemos decidido que no queremos saber de antemano el sexo del bebé. Pienso en el nombre que le pondremos si es niño. Debe quedar bien con Niré, como el mío, aunque ese apellido me resulte ahora ajeno.

Suena el teléfono. Es Anzu, que me anuncia en tono alegre:

—¡He de darte una buena noticia, Nobuki!

—¿Qué sucede?

—Ayer fui a la residencia y vi a nuestra madre levantarse sola de la silla de ruedas. Mientras buscaba el bastón, me preguntó: «¿El señor no viene hoy a verme? Lo quiero mucho».

Desconcertado aún por las revelaciones de mi madre, no sé qué decir. Mi hermana sigue parloteando despreocupadamente. No sabe nada del diario. ¿Convendría que le hablara de él uno de estos días?

—Una cuidadora joven de la residencia me ha dicho: «La señora Niré parece muy feliz cuando camina con su hermano» —añade—.

¡Espero que papá no se sienta celoso de ti!

Me echo a reír. Mi hermana me cuenta sus planes para la tarde: piensa llevar a nuestros padres a la cabaña, donde su marido y papá partirán troncos. El lugar me recuerda más que nunca la cara de mi abuelo escrutándome con severidad. Cambio de tema.

—Quiero preguntarte una cosa, Anzu. Es a propósito de *oyaji.*

—¿De papá? ¿Qué ocurre?

—¿Sabes si tenía una amante antes de que yo naciera?

Mi hermana calla un momento y luego me responde en tono vacilante:

—Sí... ¿Quién te lo ha dicho?

—Mamá.

—¿Cuándo?

—Hace varios años, poco antes de que muriera Kyoko —miento.

—¿Ah, sí? Creía que mamá no sabía nada de ese asunto.

—¿Cómo te enteraste?

—Es una vieja historia —contesta—. En aquella época, Kyoko y yo íbamos al jardín de infancia. Vimos a papá en su coche con una desconocida. Ninguna de las dos se lo contó a mamá.

—¿Cómo estabais tan seguras de que era su amante?

—Era un día en el que se suponía que papá tenía que estar trabajando en el despacho. Además, en aquella época, mamá se quejaba de que él pasaba mucho tiempo fuera de casa.

Me sorprende que Anzu conserve un recuerdo tan antiguo.

—En cualquier caso, no es asunto nuestro —añade—. Espero que no se lo cuentes a papá.

Por su forma de hablar, comprendo que no sabe una palabra sobre el adulterio de nuestra madre.

—Por supuesto que no —respondo.

Luego, mi hermana me cuenta que el otro día, cuando Suzuko le preguntó a su abuela si era feliz, esta respondió: «Sí, muy feliz, porque mi marido es muy atento. Siempre está conmigo».

—Es conmovedor, ¿verdad? —comenta mi hermana.

—Sí, desde luego.

Después, Anzu me recuerda las palabras de Suzuko: «Tengo dos madres verdaderas: la que me trajo al mundo y la que me cría. Y yo las elegí a las dos».

—¿Sabes quién le inculcó a mi hija esa forma de pensar? —me pregunta.

—No.

—Su abuela.

—¿Mamá?

—Sí. Lo descubrí ayer.

Recuerdo el documental televisivo que mi madre menciona en su diario sobre la niña que explicaba los motivos por los que había elegido a su madre antes de nacer. No creo en el mundo espiritual, pero tampoco lo niego. En cualquier caso, me pregunto: «¿Mi madre pensó alguna vez en abortar? ¿Por qué decidió seguir adelante con un embarazo imprevisto y no deseado?».

Estamos a principios de enero, en plena época de frío intenso.

El parto se acerca. De acuerdo con lo previsto, Ayako está de baja desde principios de diciembre. Según su ginecólogo, todo va a pedir de boca en lo tocante a su salud y a la del niño. Nuestras hijas están deseando que llegue un hermanito o una hermanita.

Es domingo. Nieva desde primera hora de la mañana.

Después de comer, mis hijas bajan al patio trasero a hacer un muñeco de nieve. Bebo café en el comedor. Mientras hojeo una revista de música clásica, me llaman la atención unos anuncios de guitarras. Me gustaría comprar una nueva, pero no es el momento. Oigo una melodía al piano. Ayako está tocando en el salón.

Sigo pensando en un nombre para el caso de que sea niño. Mi mujer ha encontrado uno de niña: Fumiko. Suena como el de mi madre, Fujiko, que solo se escribe en *kanji,*富士子, y que significa «el niño del monte Fuji». En cambio, Fumiko combina el *hiragana* y el *kanji:* ふ み 子 . Ayako prefiere el *hiragana,* porque su forma redondeada es delicada y femenina. La entiendo, visto que el *kanji* de nuestro apellido Niré, 楡, resulta un tanto fuerte. Ya hizo esa composición cuando nacieron nuestras hijas: み よ 子 y な み 子 . Irónicamente, las niñas han salido bastante masculinas.

Ayako toca ahora *Tristeza* de Chopin. Una melodía nostálgica.

El título me trae al pensamiento, no sé por qué, la historia del chico apodado Gaku-*chan,* a quien mi madre envió una carta para expresarle la admiración que sentía por él. Según Tami, *«gaku»* derivaba de *«ongaku»,*音楽, «música», y los *kanji* significan «sonido y goce» o «gozar del sonido».

Pienso en un nombre que lleve ese carácter: 楽, *«gaku»,* gozar. Por mi cabeza pasan uno tras otro los siguientes: Gakuya, Gakushi, Gakuma... o simplemente Gaku. Al final, se me ocurre Gakuto, que tiene los *kanji*楽斗. *«To»,*斗, significa «vasija», un recipiente antiguo que se utilizaba para extraer líquidos. Así pues, *«gakuto»* significa «goce y vasija» o «vasija gozosa». Escuchar música es como sacar agua, algo indispensable para la vida...

Ayako se reúne conmigo en el comedor. Se sirve una infusión caliente.

—Acabo de encontrar un nombre de niño —le anuncio.

—¡Ah, por fin! ¿Qué has elegido?

—Ga-ku-to, Gakuto.

Trazo los caracteres en un papel mientras lo pronuncio. Ella parece entusiasmada.

—¡Vaya, no puede ser más apropiado para nosotros, que somos músicos! Un nombre romántico y viril, porque el *kanji «to»,*斗, evoca la constelación de la Osa Mayor.

—Podríamos llamarlo Gaku-*chan*—añado complacido.

Ayako reacciona divertida.

—¿Gaku-*chan?* ¡Qué mono! A tu madre le va a encantar, aunque no reconozca al niño como a su nieto.

Sus palabras me sorprenden. Mi mujer ignora lo que me ha contado Tami.

—¿Por qué supones que el apelativo cariñoso de Gaku-*chan* le gustará a mi madre?

—Porque estaba enamorada de un chico que se llamaba así.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contaron nuestras hijas. En una ocasión le preguntaron qué recordaba de la escuela primaria y Fujiko-*san* les habló de ese chico. Fue el día que las llevaste a la residencia.

Reflexiono un instante. Debe de referirse al mismo día en que nuestras hijas participaron en una competición de kárate. Ayako me sonríe.

—Da la impresión de que, enfermos o no, recordamos los momentos más agradables de nuestra infancia, estemos donde estemos. —Asiento con la cabeza. Ella añade—: Las niñas también me contaron que Fujiko-*san* tenía un perro y un gato, *Shiro* y *Kuro*. Además, sé que su mejor amiga se llamaba Tami.

Es sábado, 15 de enero. Hace buen tiempo y una temperatura excepcionalmente suave para esta época del año.

Hacia la una de la tarde, mi mujer siente las primeras contracciones, dos días antes de la fecha prevista. Por experiencia sabe que el niño no tardará mucho en nacer. Vamos a toda prisa en el coche al hospital, que está en el centro de la ciudad. Nuestras hijas se quedaron en casa de mi hermana anoche, así que les informo de lo que sucede mientras salimos.

El parto no durará más de cuatro horas. Meto en mi mochila una revista que acabo de comprar. Pienso en el diario íntimo de mi madre, que no he vuelto a leer desde que descubrí su inquietante confesión. Aún me quedan unas treinta páginas para terminarlo. Decido llevármelo también.

Estamos en el hospital. Ayako respira hondo. No voy a asistir al alumbramiento. Ella prefiere estar sola en el paritorio y yo respeto su elección, igual que hice con nuestras hijas. Su decisión demuestra además hasta qué punto piensa en mí, dado lo mucho que me impresiona la sangre. Esperamos unos minutos en una sala tranquila. La abrazo con ternura, después me inclino sobre su barriga.

—Hola, Fumiko o Gakuto. Espero que puedas salir de ahí sin problemas. Pórtate bien con mi mujer, por favor. ¡Hasta luego!

Ayako se ríe divertida. Cuando salgo de la sala, me dice:

—¡Buena lectura, cariño!

El médico me advierte que la espera durará unas tres horas. Le contesto que pienso quedarme por el barrio y que pueden llamarme al móvil en cualquier momento. Antes de abandonar el hospital,

llamo a varias personas: a los padres de mi mujer, que residen en Tottori, a mi padre, a Anzu y a mi jefe, para comunicarle que hoy no iré a trabajar. Mi padre no contesta, así que le dejo un mensaje.

Fuera brilla el sol y no corre ni una pizca de aire. Deambulo. Tras más de media hora de paseo, llego al bonito parque Sazanka. Es la primera vez que entro en él. Oigo el canto de los gorriones en las camelias invernales. Contemplo las magníficas flores.

Suena el móvil. Es mi padre, que me devuelve la llamada.

—He oído tu mensaje. ¡Os deseo que el parto vaya bien!

—Gracias. ¿Se lo has dicho a mamá?

—Sí, la reacción ha sido inmediata: «¿Ese señor tan amable va a tener un hijo? ¿Es niño o niña?». «Aún no lo sabemos», le he dicho. Está deseando volver a verte.

Prometo llamarla en cuanto nazca y cuelgo.

Me quedo un instante pensativo. Mi padre no sabe una palabra del «incidente» de mi madre y, por tanto, que ni mis hijos ni yo estamos emparentados con sus antepasados Niré. Si se enterara, se apenaría mucho, aunque la causa sea en parte el adulterio que él también cometió. ¿O acaso está al corriente de todo? No, no lo creo.

El sol sigue siendo suave y agradable. Respiro hondo, igual que Ayako. Saco la revista de mi mochila, pero la vuelvo a guardar enseguida. Prefiero leer el diario de mi madre. Al abrirlo por donde puse el marcapáginas, me sorprendo: «¡Qué casualidad!». Hoy también es 15 de enero. Por si fuera poco, estoy en el mismo parque.

Jueves, 15 de enero, soleado, al mediodía.

En el parque Sazanka.

Observo las camelias invernales. Me encantan esas flores, sus pétalos de color rosa oscuro y su corazón completamente amarillo. Se mantienen así incluso cuando nieva. ¡Qué vivacidad! Espero a que regrese mi marido, que ha ido a buscar comida al restaurante de su amigo.

Hoy por la mañana, Tetsuo me ha propuesto:

—Esta tarde hará quince grados. Es una temperatura excepcional para esta época del año. Hay que aprovecharlo. Vayamos de pícnic a un lugar agradable.

Me ha sorprendido, porque todos los días comemos en la residencia. Nos gusta la comida de aquí, que es ligera, equilibrada y deliciosa. Además, el menú de hoy es mi favorito: salmón a la parrilla, ensalada verde, arroz, sopa de tofu y setas. Pero él ha insistido:

—Pediré bento *en el restaurante.*

He aceptado sin demasiado entusiasmo. Ni siquiera me ha preguntado qué me apetecía. Él es así: egoísta.

¡Vaya, ya ha vuelto! Se baja del coche con una bolsa de plástico. Parece de buen humor. ¿Qué habrá pedido? ¿Sushi?

Son las ocho de la tarde.

Tetsuo juega a shogi *con su amigo en la sala común. He retomado el diario para describir el pícnic que hemos hecho hoy al mediodía. Tengo que anotarlo todo para poder recordarlo cuando lo relea en el futuro.*

Tetsuo había comprado onigiri *y té. ¡Eso era todo! Ni ensalada, ni sopa, ni* sushi, *ni pescado ni carne, solo bolas de arroz. Anoto aquí nuestra conversación.*

—Fujiko, esta mañana me apetecía comer onigiri*. ¿Sabes por qué? —me ha preguntado mientras ponía la caja encima de la mesa de pícnic.*

—No. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Porque me acordé de la época en que acabábamos de prometernos. Un domingo por la mañana fuimos a pasear al pie del monte Daisen. Pensaba que comeríamos en algún restaurante, pero tú habías traído el bento*. Eran* onigiri*. Me impresionaron mucho los diferentes rellenos: lonchas de salmón y cerdo a la parrilla, huevos revueltos, sésamo blanco y negro, copos de* shiso *seco y de bonito, varios tipos de algas,* umeboshi... *Además, el arroz estaba perfectamente cocido, ni blando ni duro. Nunca había probado unos* onigiri *tan deliciosos.*

Confundida, lo he mirado a la cara. No me acordaba de ese paseo.

—Pensé que una joven capaz de preparar una comida tan sencilla con tanto esmero debía de ser una persona íntegra —ha añadido—. Eso me tranquilizó aún más respecto a nuestro matrimonio.

Me ha señalado los ingredientes mezclados con el arroz. Los he examinado de cerca. Eran, en efecto, los mismos que acababa de enumerar.

—¡Probémoslos, Fujiko! Mi amigo los ha preparado especialmente para nosotros.

Me he comido uno en silencio. Estaba exquisito.

Entristecida por haber olvidado ese momento, he levantado la cabeza hacia el cielo, donde asomaban unas nubes ligeras, un poco oscuras. De repente, he vuelto a ver la escena de una excursión en la que nos sorprendió un chaparrón. No habíamos llevado paraguas. Tetsuo se apresuró a quitarse la chaqueta, me

la echó sobre los hombros y luego me cubrió con la lona de pícnic, que ya estaba empapada por la lluvia...

Luego he comido un segundo onigiri*. Mi marido me ha servido té caliente en un vaso de papel. He notado cómo una lágrima me resbalaba por la mejilla...*

Suena el móvil. Es del hospital.

—¡Señor Niré, ya ha nacido su hijo! —me anuncia alegremente la enfermera—. ¡Vuelva enseguida!

—¿Ya? ¿Va todo bien?

—Sí, de maravilla. Es un niño.

Salgo del parque. Mientras me apresuro hacia el hospital, llamo por teléfono a mi hermana. Esta vez me contesta Miyoko. Le doy la noticia.

—¡Es un niño! —exclama mi hija. Acto seguido, grita a Namiko—: ¡Ahora tenemos un hermanito! Papá ya le ha puesto un nombre: ¡Gakuto! —Después oigo que repite a mi hermana—: Tía Anzu, ¡es un niño! Se llama Gakuto.

Anzu se pone al teléfono. Me felicita y me promete llevar a mis hijas al hospital en una hora.

Vuelvo a llamar a mis suegros y a mi padre, quienes se alegran mucho de que tanto la madre como el recién nacido estén bien.

—¿Gakuto? —me pregunta mi padre—. ¿Cómo se escribe?

Le digo los *kanji*. Susurra lo que significan:

—Gozar..., poder..., la Osa Mayor... —Tras un segundo de silencio, afirma—: Sí, queda perfecto con nuestro apellido, igual que el tuyo. Gakuto Niré es bonito.

—¿Mamá está por ahí? —le pregunto.

—No, está haciendo gimnasia. Volverá en unos minutos. Iremos al hospital mañana por la tarde.

Sopla algo de brisa y baja la temperatura. Camino contemplando el cielo azul sin nubes. Hablo solo, como si escribiera un diario.

Sábado, 15 de enero, soleado, 15:30 h.

En el parque Sazanka.

Gakuto acaba de nacer. Gracias, Ayako. Seguramente estaremos más ocupados a partir de ahora, pero nos las arreglaremos bien

juntos con nuestras hijas, que son tan buenas y alegres. Mi padre está muy contento con su quinto nieto. Mi madre también lo estará con el bebé de ese «señor tan amable».

Hoy he terminado de leer su diario íntimo.

Los recuerdos que la perturbaban han desaparecido de su memoria y lleva una vida tranquila. Como le dijo a su nieta Suzuko: «Sí, soy muy feliz porque mi marido es muy amable. Está siempre conmigo». Sea cual sea su pasado, debo sentirme contento porque ahora está radiante, aunque ya no exista para ella como hijo.

Pienso en mi padre. No voy a poder seguir fingiendo que soy su hijo biológico. El asunto le concierne, eso está claro, así que me siento obligado a hablar con él.

Llego al hospital. La enfermera me recibe y me felicita.

—El niño se parece mucho a usted, señor Niré.

Ufano, le doy las gracias. Tras unos minutos de espera, me permiten entrar en la habitación de mi mujer. Tumbada en la cama, Ayako sostiene en brazos a nuestro hijo, al que han envuelto en una delicada tela blanca. No parece demasiado cansada.

—Aquí está Gakuto —dice a modo de presentación—. Gracias al mensaje que le enviaste, ha salido sin complicaciones.

—Bienvenido a la familia Niré, Gakuto —le digo a nuestro hijo, que duerme—. Gracias por haber sido tan bueno con mi mujer. Tendrás que ser fuerte con unas hermanas tan movidas, ¿de acuerdo?

El pequeño bosteza abriendo mucho la boca. Sonreímos.

—¡Ay, es también tu viva imagen! —bromea Ayako.

Le digo que las niñas vendrán esta tarde con mi hermana y que mañana nos visitarán sus padres y los míos. En ese momento, alguien llama a la puerta. Es la enfermera.

—Señor Niré, sus padres han llegado.

¿Ya? Sorprendido, salgo de la habitación. Están en la sala de espera. Sentada en su silla de ruedas, mi madre mira por la ventana. Mi padre se acerca a mí y me susurra:

—Tu madre ha insistido, me dijo: «Tengo que ir a ver al recién nacido ahora mismo. El señor amable estará esperando mi visita».

Me acerco y me inclino hacia ella.

—Fujiko-*san,* gracias por venir —la saludo—. Me hace mucha ilusión.

Con la mirada exultante, me toma con fuerza las manos. Luego se levanta apoyándose en mi brazo. Caminamos lentamente, mientras

mi padre nos sigue empujando la silla de ruedas.

Mi mujer y ella se saludan con educación.

—Buenos días, señora. ¡Enhorabuena por el nacimiento de su hijo!

—Muchas gracias, Fujiko-*san*. Me alegro mucho de que haya venido.

Mi madre vuelve a sentarse en la silla. Le entrego al recién nacido y ella lo estrecha contra su pecho.

—Le hemos puesto el nombre de Gakuto, pero lo llamaremos Gaku-*chan*.

—¿Gaku-*chan?*

Asiento con la cabeza, suponiendo que le ha gustado, pero ella se queda perpleja. Escruta la cara del bebé sin sonreír ni decir una palabra. ¿Qué ocurre? Mi esposa me hace señas para que no diga nada. Mi padre calla. Se hace un silencio. Mamá sigue escrutando a Gakuto. De repente, su expresión se suaviza.

—Es mi hijo, Nobuki... —susurra.

Mis hijas llegan con su tía. Ya llaman a su hermanito por su apodo, Gaku-*chan*. Después de saludar a su cuñada, Anzu lleva a nuestra madre a la cafetería.

Mi padre y yo nos quedamos en el pasillo, sentados en un banco.

—Gakuto se parece mucho a ti, de verdad —comenta—. No es de extrañar que tu madre lo confunda contigo.

—Creía que ya no se acordaba de mi nombre.

—Yo también. La verdad es que es un misterio cómo funciona el cerebro.

Me cuenta cómo fue mi nacimiento. Mientras lo escucho, recuerdo las fotografías de mi familia que sacaron en el hospital. A diferencia

de mi padre, sus padres y mis hermanas, que sonreían, mi madre parecía alterada.

—Fue un auténtico acontecimiento para la familia Niré, Nobuki. Ahora comprenderás la alegría que sentí por tener también un niño.

—*O..., oyaji...*—tartamudeo.

—Sí, *segare* —me responde afablemente—. Eres adulto y ahora padre de tres hijos. La palabra *«oyaji»* me hace sentirme más cómodo que «papá».

—Tengo... —vuelvo a tartamudear—, tengo algo muy importante que decirte.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—Sobre mi nacimiento.

Me mira con los ojos muy abiertos. No dice nada. A continuación, alza la cabeza hacia el techo. ¿Sabrá «eso»? Antes de que yo abra la boca, me pregunta:

—¿Cómo lo has descubierto?

¡De manera que lo sabía!

—He leído el diario de mamá —confieso.

—¿El diario?

Le explico en qué circunstancias lo encontré, así como la época en la que ella lo escribió. Eso lo sorprende.

—Siento no habértelo contado enseguida —me disculpo.

—No te preocupes, Nobuki. Has averiguado la verdad. Eso es lo que importa.

Calla un momento.

—¿Sabes quién es mi padre biológico? —me aventuro a preguntarle.

—No. Si lo descubres un día, dímelo. Pero eres mi hijo, tus hijos son mis nietos. Nada cambiará nunca entre nosotros.

—*Oyaji...*—digo con voz trémula.

Me da una palmadita cariñosa en el hombro. Se abre la puerta de la habitación y salen mis hijas. Apenas nos ven, se acercan a nosotros a toda prisa. Miyoko le pregunta a su abuelo:

—En la escuela primaria, Fujiko-*san* estaba enamorada de un chico que se llamaba también Gaku-*chan*. ¿Te acuerdas?

Mi padre le sonríe.

—Sí, cariño. Debe de ser un recuerdo precioso para tu abuela.

Glosario

Bento: comida para llevar servida en una caja.

Bon: fiesta budista de los muertos, que se celebra del 13 al 15 de julio, o del 13 al 15 de agosto, según la región.

Chan: diminutivo de *san* (sufijo de cortesía que significa «señor», «señora» o «señorita»).

Chawan-mushi: flan de huevo y pollo servido caliente en una taza.

Dango: brocheta de bolitas de harina de arroz.

Furigana:hiragana o *katakana* escritos con un *kanji* para facilitar la pronunciación.

Higurashi: especie de cigarra.

Hijiki: variedad de algas de color marrón.

Hiragana: escritura silábica japonesa.

Hiyashi-chuka: plato japonés de fideos fríos cubiertos con diferentes guarniciones frescas.

Kaku: pinceladas de los *kanji*.

Kamaboko: producto a base de carne de pescado blanco cocido al vapor.

Kamataki: proceso de cocción de la cerámica en un horno de leña.

Kanji: ideograma chino.

Katakana: escritura silábica japonesa que se utiliza sobre todo para las palabras de origen extranjero.

Koseki: registro civil que establece el domicilio legal de la familia cuyos miembros tienen el mismo apellido.

Miai: encuentro concertado con vistas al matrimonio.

Mugicha: té que se elabora con granos de cebada tostados.

Natsumero: canciones populares de las décadas de 1930 a 1950.

Nigiri o *nigirizushi:* bloque pequeño de arroz avinagrado cubierto con una loncha de pescado crudo o marisco.

Ofukuro: mi madre (lengua coloquial masculina).

Onigiri: bola de arroz, por lo general envuelta en *nori* (hoja de alga seca).

Oshiire: armario empotrado en la pared para guardar ropa de cama y prendas de vestir.

Oyaji: mi padre (lengua coloquial masculina).

San: sufijo de cortesía que significa «señor», «señora» o «señorita».

Segare: así llaman los padres coloquialmente a un hijo.

Semi: cigarra.

Shiso: albahaca japonesa. También llamada «perilla».

Shogi: juego de ajedrez japonés.

Soroban: ábaco japonés.

Umeboshi: ciruela encurtida en sal con hojas de *shiso* (perilla).

Yakitori: brochetas, que pueden ser de carne de ternera, de pollo, de pescado o de marisco.

Yoshi: niño adoptado.

Notas

Al llegar a la residencia...

1. El significado de las palabras en cursiva se halla en el glosario que figura al final de la novela, páginas 149-151.

Llego a casa...

1. El cuarto curso corresponde a cuarto de primaria en España, el tercer año a tercero del mismo ciclo. La vuelta al colegio en Japón tiene lugar en el mes de abril. *(N. de la A.)*

El viejo escritorio
Aki Shimazaki

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Niré*

Ilustración de la cubierta: © Sandra Rilova / Pencil Ilustradores

© Actes Sud, 2023

Traducción: © Patricia Orts García, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-1107-753-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
La lluvia...
Al llegar a la residencia...
El cielo se despeja...
Conocí a Ayako...
Llego a casa...
El día siguiente...
El tiempo...
Mi amigo S...
—Despierta, Nobuki...
Ha transcurrido una semana...
Estamos a principios de junio....
Después de la pausa...
Una noche...
Al día siguiente...
Esta noche...
La estación de las lluvias...
En Matsue...
Entramos en la cafetería...
Sigue lloviendo...
Toco la guitarra...
Son las cinco menos diez...
Ya estamos...
Mi amigo S. me llama...
Llegado a este punto...
Son las diez...
Al día siguiente...
Estamos a principios de enero,...
Es sábado...
Salgo del parque...
Llego al hospital...
Glosario

Notas
Créditos